



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

Facultad de Comunicaciones y Filología

MAESTRÍA EN PERIODISMO

Línea de Investigación

Periodismo Literario

Título

CARTOMÁNTICA

Un paisaje interior, claves de un reportaje personal

Investigadora

Gisela Sofía Posada Mejía

Asesor

Raúl Hernando Osorio Vargas

PhD. en Epistemología del Periodismo

Medellín

Julio 2023

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

Rector: John Jairo Arboleda Céspedes

Decana/ director: Olga Vallejo Murcia

Cartomántica. Un paisaje interior, claves de un reportaje personal

Comunicadora Social – Periodista Gisela Sofía Posada Mejía

Universidad de Antioquia, 2023

Contenido

Introducción.....	5
1. Delimitación del problema	6
2. Pregunta orientadora.....	8
2.1 Líneas de investigación.....	8
3. Objetivos.....	9
3.1 Objetivo general.....	9
3.2 Objetivos específicos	9
4. Marco Teórico	10
4.1 Reportaje personal.....	13
4.2 Lo autobiográfico	14
4.3 Ensayo de inmersión	14
4.4 La subjetividad	15
4.5 Lo femenino	15
4.6 Las artes adivinatorias.....	16
5. Metodología.....	18
5.1 El Diseño metodológico investigativo.....	19
5.2 Instrumentos de recolección	19
5.3 Etapas de inmersión	20
5.3.1 La primera etapa.....	20
5.3.2 La segunda etapa	33
5.3.3 La tercera etapa	34
5.3.4 La cuarta etapa	34

5.3.5 Miradas desde adentro.....	35
6. Resultados Esperados	36
6.1 Consideraciones Éticas	36
Referencias	37
Anexos.....	43
Anexo 1. La Cartomántica	43
Anexo 2. Audio n272316 (fecha 12 octubre 2021).....	84
Anexo 3. Maternidad y muerte.....	89
Anexo 4. Cronograma.....	93

Resumen

Una intención de vieja data motiva la búsqueda de un personaje, el cual se pretende dibujar desde las imperfecciones que suscita la mirada de un punto de vista particular. Para hacerlo fue necesario acudir a referentes del periodismo narrativo y, en particular, del reportaje personal, toda vez que en el caso de la autora, compromete su vivencia en el texto, la cual está signada por la tensión natural de la relación biológica madre-hija.

CARTOMÁNTICA constituye una historia de vida en un contexto de época, que además de subrayar aspectos íntimos de la vida de Reina Mejía, entrega un ángulo más amplio en algunos acontecimientos de la vida social y cultural de Medellín, cuando su oficio de tarotista se encontraba en el mayor apogeo. A la vez, la historia circular permitió observar situaciones que marcaron el declive de una vida de esposa, mujer, adivina y madre.

El presente ensayo pretende entonces comprender el papel del periodismo y su riqueza desde formas narrativas como el reportaje, la crónica o el relato de inmersión, en su acercamiento a la interpretación de la realidad. Ahondar en lo particular y lo universal como conceptos complementarios que comunican, recrean y dan cuenta de historias de vida, que trascienden esa escala imperceptible que nos deja la realidad, el suceder común de la vida. Reconocer esa voz íntima que se instala como tejedora de un relato (encuentro entre sujeto-sujeto). Un narrador que cede a su sensibilidad y la ofrece al recuerdo, a la imaginación y a las vivencias desde sí y para los otros.

La narrativa subjetiva y lo femenino en la escritura, donde lo íntimo puede ser un factor revelador de lo social; ese adentro-afuera que hace del periodismo un constructor de realidades. El periodismo, una propuesta de la comunicación humana dispuesta a captar desde la singularidad, una realidad universal.

Palabras claves: Reportaje personal, crónica, ensayo de inmersión, historia de vida, escritura femenina, lo femenino, perfil periodístico, adivinación.

Introducción

En el presente trabajo, denominado *CARTOMÁNTICA, un paisaje interior, claves de un reportaje personal*, la primera parte de la propuesta escritural e investigativa contiene un ensayo a manera de antesala del producto final, denominado *CARTOMÁNTICA, reportaje - perfil sobre Reina Mejía*. Es una tesis que se inscribe en el campo del periodismo literario y desde allí se abastece de las herramientas necesarias para atreverse a contar una historia que resulte verdadera, inquietante y llamativa, tal como lo propone la autora. El periodismo de inmersión permite al sujeto actuante, intervenir y participar del devenir de los acontecimientos. Una primera persona que no oculta el yo, que lo revela sin pudor y lo hace evidente.

CARTOMÁNTICA es una historia compuesta por relatos fragmentarios, algunos contables desde la verosimilitud del recuerdo. La escritura es el llamado al orden, un intento por aprehender el tiempo, que la escritura transforma en promesa. El impulso de escritura va tras esa voz, la atención está puesta en el eco de una memoria que busca recrear, narrar.

Una vez se suelta la madeja, escribir es como recordar, poner luz sobre los agujeros oscuros, recrear otra vez para ser testigo de los desgarramientos, del material que dio sentido a las alegrías. Algo queda en las palabras para que ellas aproximen cierta comprensión de lo que fuimos en el laberinto de los afectos, de las esperanzas y de los deseos.

¿Fueron madre y padre la telaraña que tensó nuestro destino? ¿La casa ese rompecabezas de piezas rotas? Un punto de vista para contar, así de limitado y preciso, un punto de los diversos, como las vidas que podrían narrarlo, para recomponer la escena y decir cómo fue. Un camino elegido, el reportaje personal, una forma de hacerlo, un camino de escogencia por el paisaje interior y el secreto en ese oleaje de la sangre que navega en nosotros.

Se trata de iniciar una aventura que te llevará quién sabe adónde y porqué. Lo claro es que el camino inicia a partir del relato, y hacerse al lado del lenguaje como un pariente cercano, hacerle guiños para que su pródiga manera de nombrar revele lo nombrado.

1. Delimitación del problema

La pesquisa buscó ahondar en una reflexión sobre la figura de la casa como lugar de los acontecimientos y de la madre como origen y fundamento de sentidos, memorias y comportamientos irrigados hacia sus hijas e hijos, tanto en lo psicológico como en lo ético, lo estético y lo social. La aproximación observó las imbricaciones entre la vida familiar y la situación contextual de una época –años 1980 y 1990–, por medio de un ejercicio de indagación periodística vinculada al trabajo literario, para detallar la lucha por supervivencia desde un oficio sui generis de la madre: leer el tarot y predecir el futuro.

La actividad materna se inscribe y cobra auge en un momento signado por actores de fuerte protagonismo y determinación en las cartografías del poder local, nacional e internacional, íconos de una cultura donde la ilegalidad, la impunidad y los desequilibrios sociales se acentuaron con furor: léase el Cartel de Medellín, Pablo Escobar, los sicarios y las bandas juveniles criminales, narradas extensamente por el periodista y escritor colombiano Alonso Salazar, en libros como *No nacimos pa' semilla* (1990), *Drogas y narcotráfico en Colombia* (2001) o *La parábola de Pablo* (2001). La urbe antioqueña vivió un periodo de enfrentamientos entre los carteles del narcotráfico y las fuerzas armadas del Estado, estudiado cada vez más desde diversas perspectivas, entre ellas la literatura, el periodismo, la historia, la ciencia política, la sociología, las artes plásticas y audiovisuales.

La madre, la pitonisa, el personaje central de la historia, Reina Mejía de Posada, nació en Yarumal, Antioquia, un miércoles 7 de diciembre de 1938. Llegó a Medellín cuando aún era una pequeña niña, tomada de la mano de su madre, Sofía Mejía. Antes de cumplir 15 años, Reina aceptó unirse en matrimonio con Óscar Posada, quien después se jubilaría como policía de tránsito. Juntos, Reina y Óscar tuvieron nueve hijos. Su tercera hija, Sarah Beatriz Posada Mejía ha contado con un lenguaje literario varias de las historias de Reina alrededor de su vocación adivinatoria. El arte de predecir envuelve una fijación en los fenómenos mentales, fundamentado en la experimentación de prácticas esotéricas y ocultistas, entroncadas en unos saberes mágicos, religiosos y populares de vieja data.

Las lecturas del tarot las refuerza con los baños para la suerte. Los martes y viernes las botellas con las siete ramas están listas para completar las recetas sugeridas por la adivina. Ruda, albahaca, hierbabuena, limoncillo, botón de oro, romero y eucalipto, cocinadas todas juntas, son llevadas al toque final de la pócima con miel de abeja y citronela. Se debe echar por nueve días en el cuerpo y hay que repetir con los ojos cerrados la frase “Jesús de Nazaret, así como entraste a Jerusalén a sacar el mal y entrar el bien, te pido que entres a mi cuerpo, saques el mal y entres el bien” (Posada Mejía, 2017).

¿Cuáles son los avatares desplegados por la figura de una madre tarotista en una casa frecuentada por personalidades de la vida política y sociocultural de una ciudad en crisis, en una época de final de siglo? He ahí, la riqueza del reportaje y el perfil, en el ámbito de la escritura periodística y literaria, que mediante técnicas y métodos, tanto del periodismo como de la literatura, ofrecen formas de abordar un proceso encaminado a la escritura. ¿Cómo la mirada del periodismo y de la literatura cobran relevancia al describir, analizar e interpretar las formas y los contenidos culturales vehiculados en las imágenes de la madre, el tarot, el futuro, el retrato de una época, la familia y la subjetividad?

2. Pregunta orientadora

¿Cómo la relación entre literatura y periodismo y, desde éste último, la confluencia de sus géneros, permiten al autor abordar el perfil periodístico, comprometiendo su intimidad, sin afectar el rumbo de los acontecimientos y sabiendo caminar por la cuerda floja de la narración que ofrece el reportaje personal?

2.1 Líneas de investigación

Inserto en la línea de Investigación Periodismo y Literatura de la Maestría en Periodismo de la Universidad de Antioquia, el proyecto pretende encontrar una voz propia desde la narrativa periodística, basada en el acercamiento a las vivencias, los aconteceres y los sentires de una mujer que constituye la columna vertebral de la historia. La riqueza cotidiana de los acontecimientos propone un equipaje interesante de circunstancias que la ubican como un personaje singular en sus relaciones madre-ahijada.

3. Objetivos

3.1 Objetivo general

Profundizar en los aspectos claves del *reportaje personal* desde la narrativa periodística, iluminada con las referencias del nuevo periodismo, para advertir el valor del relato autobiográfico. Contar una historia localizada e íntima acerca de las vivencias, los acontecimientos y los sentimientos de una mujer que, desde su cotidianidad, tiene como oficio la adivinación y se debate en sus relaciones como mujer, madre y tarotista.

3.2 Objetivos específicos

- Indagar en la literatura existente, las reflexiones sobre el periodismo narrativo y las distintas fuentes documentales.
- Comprender las maneras de cómo abordar un personaje con la óptica del reportaje personal, hasta intentar revelar su alma, que otorgue crédito y calidad en la historia contada.
- Descubrir rasgos que aporten a la construcción de un texto narrativo denominado CARTOMÁNTICA, que al igual que la pintura al fresco, entrega aspectos no totalizantes del personaje Reina Mejía de Posada, como eje central de la historia, pero cercanos al pulso de sus vivencias.

4. Marco Teórico

Dentro del proceso de delimitación del objeto de investigación, la búsqueda se concentrará en la definición de lo femenino en la esfera humana, desde la capa invisible de lo cotidiano.

Una aproximación a lo femenino la encontramos en Lipovetsky (2006):

Que nadie se llame a engaño. La época que relegaba a la mujer al espacio doméstico y la apartaba de la sociedad política está definitivamente superada. Ahora bien, esta inmensa convulsión no significa en modo alguno intercambiabilidad de los dos sexos frente a la dicotomía privado/público. Bajo lo novedoso prosigue lo antiguo: si bien la divergencia sexual privada/pública ya no se escribe con mayúsculas, no por ello deja de gobernar numerosas aspiraciones y comportamientos de los dos géneros. A decir verdad, la vida familiar, lo íntimo, lo relacional sigue estando dominado por la mujer; el estatus, el papel profesional, el poder, el éxito continúan prevaleciendo en el hombre. A primera vista, impera la reversibilidad de los roles sexuales, pero en realidad, subsiste la división sexual de los roles privados y públicos, siquiera sea de manera novedosa, eufemizada y abierta, sin asignación exclusiva (Lipovetsky, 2006, p. 271).

La definición de métodos y técnicas conceptuales consolidarán el proceso de investigación (periodismo literario y el reportaje). Un camino que en su marcha ofrecerá una metodología propia, que permitirá ir hablando del proceder de un personaje femenino que coopta la atención de la historia; extensiva al entorno y a los personajes secundarios, que también participan del enigma (tejido narrativo). He ahí parte de las preguntas por resolver.

Las relaciones de unidad entre teoría y práctica para acometer la arriesgada aventura de la escritura desde la subjetividad, hacen notorio el valor de referentes universales existentes. A su vez, las reflexiones presentadas por Max Weber en el Congreso de Sociología y la advertencia de que un fenómeno como el periodismo, produciría alta influencia en el ámbito de lo público.

En último término, debemos orientar la investigación sobre la prensa en el siguiente sentido. Preguntando, Primero: ¿Qué aporta la prensa a la conformación del hombre moderno?

Segundo: ¿Qué influencias ejerce sobre los elementos culturales objetivos supraindividuales? ¿Qué desplazamientos se producen en ellos? ¿Qué se destruye o es nuevamente creado en el ámbito de la fe y de las esperanzas colectivas, de «la sensación de vivir» (Lebensgefühl) —como se dice hoy en día—, ¿qué posibles actitudes se destruyen para siempre, qué nuevas actitudes se crean? (Weber, 1910, p. 258).

Esta afirmación muestra que el periodismo está hecho de poderosos caminos (métodos) y una capacidad de adentrarse en la realidad, por estar en su pulsación más interna —pasos que van al ritmo del acontecer humano—; quizá por ello la urgencia o la desmesura al intentar narrar una realidad inabarcable hacen que muchos ejercicios del periodismo pierdan perspectiva, por eso una mirada reposada o una pausa oportuna son necesarias para llegar a los análisis y no perder el camino por la tiranía del instante y, es ahí, donde el enfoque de otras disciplinas le dotan de mayor rigor.

El periodista Raúl Osorio, también da luces de la validez del enfoque propuesto y de los alcances que pueden lograrse desde el reportaje como camino de investigación:

La espiral de visiones, que nos da el viaje por las ciudades, es fundamental para conocer el pasado e ingresar en la comprensión profunda, con imágenes más complejas de las urbes —escenas para zambullirse en las condiciones humanas y del paisaje—; escuela de periodistas que buscan los rastros de lo antiguo y los caminos del presente, métodos que fluyen bajo el ritual de la expectativa del tiempo que vendrá generando la memoria rescatada, escenas que vienen de la calle, de los sentidos agudos del “humano ser”. De la turbulenta realidad que se vuelve otra, así los reporteros construyen su expresividad, sus complejas manifestaciones asumen la heterogeneidad sin renunciar a lo universal, que siempre ha estado presente en su forma de ser, marcando su cultura en incontables variaciones para volverse un vehículo privilegiado de comunicación y expresión de sentimientos (Osorio, 2017, p. 41).

Considero el *Reportaje Personal* como la narrativa sobre *Personas en Tránsito*, un riquísimo campo (en el sentido de Pierre Bourdieu¹) de sus atributos, que examina de forma detallada

¹ Un campo podría definirse como una red o configuración de relaciones objetivas entre posiciones. Estas posiciones se definen objetivamente en su existencia y en las determinaciones que imponen a sus ocupantes, ya sean agentes o instituciones, por su situación (situs) actual y potencial en la estructura de la distribución de las

los problemas y cualidades de la metamorfosis, o sea, de su transformación en las tramas de la vida real. En esta *investigación–creación*, la pregunta central gira en torno a saber qué hacen los personajes; quiénes lo hacen y cómo lo hacen, preguntas que plantean las complejidades de las historias de vida, los perfiles y biografías sobre personas.

Raúl Osorio en su libro *El reportaje como metodología del periodismo* (2017) expresa:

¿Pero será que los reportajes-ensayos de primera persona son subjetivos, y los reportajes-ensayo de tercera persona, objetivos? Luiz Carlos Lisboa, entrevistando al periodista norteamericano Gay Talese, hace la pregunta:

Estado – Lo que usted hizo primero en la prensa, verdaderos ensayos sobre vidas oscuras en una ciudad como Nueva York, a partir de la convivencia y de la observación de personas comunes, serviría después como modelo para una nueva modalidad de periodismo en el mundo. ¿Llamaría esos primeros trabajos, como alguien ya se refirió a ellos, de ensayos sociales?

Gay Talese - Sí. Por mi personalidad y mi historia personal yo estaba en condiciones de hacer, en la época, una buena y libre evaluación de las personas comunes. Mi familia era común, en el sentido de no conocer fama o destaque y por el hecho de identificarse con las cosas más comunes. Mis padres eran emigrantes: el nació en Italia, ella hija de italianos nacida en Nueva York, asimilados en la cultura que los acogió. Personas venidas de lugares distantes para mudar sus vidas, su lengua, sus ideas en la medida de lo posible y adaptarse a un mundo nuevo. Las personas sobre las cuales yo escribía entonces eran del género que poblaron mi libro más reciente, **Unto The Sons**, gente de mi raíz italiana (Lisboa, sábado 17 de janeiro de 1998, Cuaderno 2).

Básicamente hay un tipo de narrativa en el que el autor se imagina sólo a sí mismo en relación con el tema que aborda. La conexión es muy íntima y estrecha y, de hecho, vital. Con la materia prima del propio ser, sin disfraces, del escritor se modela un narrador cuya existencia

diferentes especies de poder (o de capital), cuya posesión implica el acceso a las ganancias específicas que están en juego dentro del campo y, de paso, por sus relaciones objetivas con las demás posiciones (dominación, subordinación, homología, etc.) (Bourdieu & Wacquant, 1995, p. 64).

en la página es parte de la historia que se cuenta. Este narrador se convierte en un personaje. Su tono, su punto de vista, el ritmo de sus frases, aquello que elige observar y aquello que opta por ignorar lo selecciona para ponerlo al servicio del tema; y, al mismo tiempo, el modo en que el narrador –o el personaje– ve las cosas es, en máximo grado, lo que vemos (Gornick, 2003, p. 12).

Pero, el *Reportaje Personal* no solo se preocupa por la trama tejida por las personas que componen la narrativa, sino también por la situación del periodismo literario frente al llamado canon literario.

Una de las apuestas mayores de las luchas que se desarrollan en el campo literario y artístico es la definición de los límites del campo, es decir, la participación legítima en las luchas. Decir de tal o cual corriente, de tal o cual grupo, que “no es poesía”, o “literatura”, es rehusarle la existencia legítima, es excluirla del juego, excomulgarla. Esta exclusión simbólica no es sino el adverso del esfuerzo por imponer una definición de la práctica legítima para constituir un ejemplo, una esencia eterna y universal y una definición histórica de un arte o de un género que corresponde a los intereses específicos de los poseedores de un cierto capital específico (Bourdieu, 2000, p. 146).

Como una especie de nave que parte con anclajes, los siguientes conceptos viajeros –no como una legislación metodológica claramente delimitada, sino como un territorio por el que se viaja con un espíritu aventurero, teniendo como camino la intersubjetividad y la interacción– se constituyen fundamentales en el desarrollo de la historia, los cuales irán decantando la importancia de su orden en la estructura, no jerárquica, que se sugiere circular, pero con la definición de líneas mayores y líneas menores en el proceso de indagación y mapa del viaje de la historia de vida.

4.1 Reportaje personal

Desde el rastreo a los clásicos del periodismo y de la literatura que trabajan el perfil y las historias de vida, como línea mayor en la construcción de la historia, se permitirá develar los mecanismos en el camino de la escritura. Escritoras como Clarissa Pinkola Estés en *Mujeres que corren con lobos* (2018), Gioconda Belli en *El infinito en la palma de la mano* (2010), y

los estudios presentados por Biruté Ciplijauskaitė en su libro *La novela femenina contemporánea* (1988), autora que optó por escribir novelas en primera persona, al igual que Juan José Hoyos en *Escribiendo historias: el arte y el oficio de narrar en el periodismo*, Tomás Eloy Martínez en sus estudios sobre la relación periodismo, literatura e historia, además de los autores citados en este proyecto, alimentarán la mirada de la investigación y su ensanchamiento.

4.2 Lo autobiográfico

Una voz que al parecer solo se hace presente cuando se nombra, este punto de vista narrativo tocará la historia de principio a fin, al extender sus puentes de entendimiento. El concepto de microhistoria, sugerido por Giovanni Levi (2019), y las preguntas generales para contestaciones particulares, como él lo sugiere, harán parte de la comprensión desde lo minúsculo, para ensanchar la mirada universal y el poder de transferencia de sensibilidad humana que tienen las historias.

4.3 Ensayo de inmersión

El escritor Jaime Alberto Vélez en su libro *El ensayo. Entre la aventura y el orden*, nos conduce al *yo de la narración* propuesta por Miguel de Montaigne. Sin encasillar este género abierto y libertario, tanto en su temática como en su estructura:

Como una balanza, entonces, se mueve el ensayo entre el paso de las ideas propias y de las ajenas, entre la ciencia y la simple opinión, entre el rigor lógico y la literatura, entre la belleza y la verdad, con una oscilación continua que sitúa este género más cerca del experimento y de la tentativa provisional, que propiamente de la verificación exacta (Vélez, 2000, p. 42).

En este sentido, el gran desafío es encontrar una voz propia, que en diálogo con las otras diversas voces, construya la trama del viaje de la historia vivida y cautiva a los lectores, por medio de la experiencia narrada.

Hoy, en el reportaje literario, están presentes la Psicología Social, la Filosofía, la Sociología, como también lo atractivo de las técnicas narrativas traídas del cuento y de la novela, ofreciendo al escritor y al lector las ilimitadas posibilidades del género. Todos esos recursos

se funden en las manos del escritor-reportero para llevar los **ensayos sociales** por nuevos caminos. Sin embargo, son las memorias y los recuerdos, los que nos llevan de la mano hasta la emoción, para leer la vida real en forma de novela. En esta visión es que se hace la **narrativa de la contemporaneidad**: forma de conocimiento con una compleja lógica simbólica que lee la vida como un *viaje etnográfico* (Osorio, 2017, p. 22).

La consolidación de los fundamentos teóricos de un trabajo de investigación en el campo del periodismo exige la conceptualización y el análisis de unos antecedentes particulares del investigador en una práctica de auto examen, así como de unos referentes históricos, estéticos y filosóficos pertinentes al ser y al hacer periodístico, con énfasis en la narrativa ensayística, donde razón y sensibilidad caminan de manos dadas.

4.4 La subjetividad

Amparada en narradoras hispanoamericanas como Rosa Montero y Leila Guerriero, y poetas como Emily Dickinson, la poeta y ensayista polaca Wislawa Szymborska, premio Nobel de Literatura en 1996, y la escritora Piedad Bonnett, entre otras, podemos acercarnos a la indagación del yo en la escritura femenina, donde la fuerza develadora de las palabras en el “efecto mántrico” de contar y atreverse a hacerlo por fuera de las narrativas de lo anecdótico, iluminarán los sentimientos profundos de una *Narrativa Sentipensante*².

4.5 Lo femenino

Referentes cercanos como María Teresa Uribe, Teresita Gómez, Martha Elena Bravo y mujeres del ámbito latinoamericano como Silvia Jiménez, harán parte del equipaje conceptual e inspirador para acometer desde lo femenino, una escritura desprovista de la separación de género y ubicada más bien en la relación con lo humano como parte de la conciencia de la diferencia, pero con la claridad sobre la igualdad como experiencia vital.

² El concepto *sentipensante* nace de aquellas sabias palabras de los pescadores en San Benito Abad (Sucre), que le permite explicar al sociólogo Orlando Fals Borda: “Nosotros actuamos con el corazón, pero también empleamos la cabeza, y cuando combinamos las dos cosas así, *somos sentipensantes*”.

4.6 Las artes adivinatorias

La concepción holística del psiquiatra suizo Carl Gustav Jung (1875-1961) nos permitió reflexionar con una mirada amplia las artes adivinatorias. Su concepto viajero de sincronicidad estudia los eventos relacionados por significaciones, y no por una relación de causa a efecto. Jung propuso el concepto de sincronicidad en la década de 1920, vinculado al inconsciente colectivo compuesto de arquetipos. Para él, la sincronicidad es una resonancia entre la psique individual y los arquetipos, que nuestra mente focaliza en imágenes arquetípicas del mundo exterior, bajo la forma de eventos marcados por símbolos que nos iluminan caminos.

En ese sentido, podemos leer el Tarot como medio de comprensión del presente, para encontrarnos con nuestro verdadero yo. Simbolismos como conocimiento y la sincronicidad como principio epistemológico, tal y como lo propuso Jung (1988).

En esa revolución contemporánea del saber y los estudios transdisciplinarios de la complejidad podemos observar que, como lo afirmaba Jung, el presente y el futuro existen simultáneamente y conforman una totalidad–memoria de la humanidad y alma del universo, una súper conciencia a la cual todo está ligado.

Ilya Prigogine, premio Nobel de Química–1977, sostiene que en la dinámica de los sistemas complejos, las mediaciones internas y externas son las responsables de que el TODO sea mucho más que la simple suma de sus PARTES. Esta contribución de Prigogine tiene un valor gnoseológico importante en la mirada sobre lo universal, lo particular y lo individual.

Por su parte, Alejandro Jodorowsky y Marianne Costa nos muestran los saberes ancestrales y las prácticas adivinatorias (orales y escritas), que permiten una comprensión más integral del oficio de la adivinación y algunos rasgos de comportamiento que le han dado una característica o lectura social determinada. En sus obras, pero en especial, en su libro *La vía del tarot* (2004) consideran su lectura como una guía por la conciencia cósmica. Otra luz en el camino es Santiago Montero Herrero, catedrático de Historia Antigua y director del

Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid, que en su diccionario sobre el tema afirma:

La extraordinaria importancia que las prácticas adivinatorias y mágicas de la antigüedad tuvieron no solo en la religión, sino también en la política, en el ejército o la sociedad, contrasta sin embargo con los escasos nombres de adivinos, astrólogos y magos conservados por las fuentes. [...] Este diccionario nace precisamente de la necesidad de preservar y tener reunidos bajo su forma biografiada aquellos nombres de los que aún sabemos algo (Montero, 1997, pp.9-10).

5. Metodología

Como método se diseña la bisagra en la historia de vida como producto y los caminos periodísticos del trabajo teórico, centrado en el *reportaje personal*, a través de la metodología del reportaje, con el fin de profundizar en las relaciones entre lo singular, lo universal y lo femenino como punto de partida. Al descubrir los entrelazados que surgen entre lo íntimo, lo individual y lo social, a partir de la historia y las referencias o fuentes teóricas inspiradoras, se define un camino metodológico investigativo centrado en dos vertientes (no exclusivas), con la intención de enriquecer los testimonios como espacio de expresión de la subjetividad, partiendo de objetos e imágenes; medios para dotar de luz la memoria y otorgar mayor fuerza desde su riqueza reveladora; elevar el nivel del diálogo que supere la entrevista pregunta–respuesta, mediante un diálogo fluido en ese viaje colectivo a los relatos íntimos (vivencias–memoria–historia) en un círculo biológico más íntimo y de relaciones profundas.

Esta metodología investigativa se define como cualitativa (Hernández Sampieri, 2014, p. 7), en donde la acción indagatoria se mueve de manera dinámica en ambos sentidos: entre los hechos y su interpretación, y resulta un proceso más bien “circular” en el que la secuencia no siempre es la misma, pues varía con cada estudio. Y, así, en últimas, andar por el proceso del reportaje:

El reportaje es una metodología compuesta por diversos métodos y técnicas, aunque sus métodos más usados son: la observación, la observación participante y la entrevista en el proceso de la experiencia-vivencia. La *reportería* tiene como eje fundamental la observación, pues éste es el medio por excelencia para aprehender lo social, que se manifiesta en la experiencia y señala los procedimientos para recoger los registros y situaciones que se viven en los contextos estudiados. A través de su experiencia-vivencia el reportero observa para participar y participa para observar (Osorio, 2017, p. 5).

Es válido aclarar que dentro de los procesos de investigación con enfoque cualitativo, el proceso de indagación se basa en la incertidumbre y en las maneras de interpretar

cualitativamente los fenómenos humanos, en este caso, desde el campo del periodismo narrativo literario con la pertinencia del uso del reportaje personal.

5.1 El Diseño metodológico investigativo

El Análisis Narrativo, según Páramo Morales et al. (2020), se basa en que los patrones culturales sociales se encuentran contenidos en piezas narrativas hechas por el individuo, dado que, “a través de su propia experiencia, él refleja lo vivido al interior de un grupo social determinado” (p. 36). También se utilizan historias de familia, notas, grafitis, y literatura de no ficción. Estas narrativas están influenciadas por factores fenomenológicos sintetizados en la comprensión de las experiencias vividas y las percepciones detectadas a lo largo del texto analizado. La literatura ha sido utilizada como recurso pedagógico, para enseñar ciertas temáticas de mercadeo, dado que en ella se delinear fundamentos del ser humano, además de que su autor refleja parte de la realidad que ha vivido.

5.2 Instrumentos de recolección

La memoria funciona como fuente esencial de información y recreación de los acontecimientos, acudiendo a ella con las debilidades de su fijación y de ser materia efímera. Un recorrido que asume el riesgo de defender una realidad contada por los hechos que pasaron por los ojos y el sentir del testigo, por su propia experiencia. Una especie de emplazamiento como fuente primaria, para no escapar al llamado de narrar autobiográficamente una historia.

En la presente investigación se utilizaron entrevistas informales y semiestructurales, en las cuales las fuentes primarias fueron: todos los integrantes de la familia, cada uno desde la capacidad de recuperar una memoria colectiva familiar, y también a Reina Mejía de Posada, como fuente primaria del proceso de recolección de información (ver anexos).

Anexo 1. Cartomántica; Anexo 2. Audio n272316 (fecha 12 octubre 2021) entrevista a la madre; Anexo 3. Audio n3 Maternidad y muerte.

Otro instrumento de recolección de información fue la Observación directa, la cual está dada por apuntes libres, observación del contexto y cotejo de autores.

5.3 Etapas de inmersión

En este capítulo se pretende presentar las fases de inmersión del proceso, desde los antecedentes preliminares de los primeros artículos que se realizaron y el proceso de ensamble y articulación de los artículos más recientes.

5.3.1 La primera etapa

Fue ese ir haciéndose al equipaje, consciente de los elementos que se van necesitando, de la consolidación de fundamentos teóricos para ir liviano y haciendo placenteras las labores de investigación, la conceptualización y el análisis, donde se involucran también los antecedentes particulares del investigador y las cargas simbólicas que derivan de su propio mundo.

Fue auto examen, con referentes históricos y estéticos pertinentes al ser y al hacer periodístico, con énfasis en la narrativa, que se unen cuando la razón y sensibilidad caminan de la mano. En consecuencia, es un mirar “desde la ventana” el acontecer, y narrarlo con la capacidad que implica saltar al otro lado del muro, con sutileza y fuerza, para integrarlo como si se estuviera dentro de los ojos y el corazón de la vida de esa historia. Pasos sutiles que no modifiquen el lugar de los hechos, pero que, sin asepsia desmedida, el investigador escudriñe, no en los detalles externos sino en los pálpitos y en las sensaciones que reposan en los objetos, en su memoria, en los entornos y en los protagonistas de esa historia. Una narración del presente más allá del presente; un camino para enaltecer el noble trabajo de la noticia, para dejar de ser eso, un hecho noticioso. Historias que adoptadas por el maravilloso mundo del lenguaje entran en la posibilidad de universos recreados, puentes que se tienden más allá del tiempo y que, tras conocerlos o transitarlos, van transformando el vacío o la hostilidad del mundo.

En la frontera porosa que representa ocuparse de las experiencias personales, de verlas en la perspectiva del tiempo, comunicar es una necesidad. La intención de unir palabras y de

describir lo que se ha ido quedando en la memoria, es un intento por nombrar, por organizar el caos que es la vida, nombrar es volver a encontrarse con las cicatrices sin olvido, con lo vivido y lo nuevamente observado. Vale anotar que parte del proceso en esta primera etapa de inmersión consistió en elaborar un ensayo académico:

EN BUSCA DE LA VOZ ÍNTIMA DEL REPORTAJE PERSONAL. La cerilla en la oscuridad

I
Y construí tu rostro.
Con adivinaciones del amor, construía tu rostro
en los lejanos patios de la infancia.
Albañil con vergüenza,
yo me oculté del mundo para tallar tu imagen,
para darte la voz,
para poner dulzura en tu saliva.
Cuántas veces temblé
apenas si cubierto por la luz del verano
mientras te describía por mi sangre.
Pura mía
estás hecha de cuántas estaciones
y tu gracia desciende como cuantos crepúsculos.
Cuántas de mis jornadas inventaron tus manos.
Qué infinito de besos contra la soledad
hunde tus pasos en el polvo.
Yo te oficié, te recité por los caminos,
escribí todos tus nombres al fondo de mi sombra,
te hice un sitio en mi lecho,
te amé, estela invisible, noche a noche.
Así fue que cantaron los silencios.
Años y años trabajé para hacerte
antes de oír un solo sonido de tu alma (...)

Juan Gelman (1997)

Desde hace tiempo una historia me persigue, o mejor, una vida al nacer ha marcado la propia. Quizá la forma de abordarla, de intentar escribirla, sea de una buena vez también la forma de abandonarla, de matarla, de dejarla ir. Pero la tarea no se avizora simple: es necesario provisionarse, buscar asidero en la expresión “académicamente correcta”, definir conceptos, argumentar las ideas y saber de qué se habla y desde dónde; nada simple, por cierto, cuando el mar es hondo y el universo vasto. Para acometer la intención que, para el caso, no es dormirse o cerrar los ojos e imaginar, hay que escribir y escribir, así haya que borrar más de la mitad, llevar al relato, establecer un puente con los otros y consigo mismo en la comprensión de lo narrado, estar en sintonía consigo mismo y con los demás. Desarrollar esa

capacidad que poseemos al crear, recrear y recrearnos en la vida mientras contamos. Narrar será quizá una forma de hacerse y volver a ser en la imaginación de lo vivido. No será el afán por encontrar –en ese ir a tientas, palpando– esa brújula que supone un viaje interior. Adentrarse en la memoria sin temor de atravesar selvas espesas, montañas claras y hondos abismos. Toparse con corrientes de agua y viento que te llevan a cuevas secretas, lagos nunca vistos. Se trata de iniciar una aventura creativa que te llevará quién sabe adónde y sin un porqué. Entonces viene lo imperioso: iniciar el camino, intentar el relato, posarse al lado del lenguaje como un pariente (paciente) y hacerle guiños para intentar que entregue su pródiga manera de nombrar, cuando el verbo se hace carne y habita entre nosotros. Lo que sí es claro es que en la travesía las preguntas siguen de ronda e incomodan: ¿Cómo darle cuerpo a algo que aún no existe? ¿Qué traje ponerle sin saber aún su peso ni su talla? ¿Qué hacer con un rostro que se desbarata con solo imaginarlo?

Una corriente de sal parece traer el caudal de ríos antecesores, como sobre una piedra cincelada el rumor permanece en la sangre. La imagino de niña, sentada y descalza en el andén de su casa en Yarumal, viendo salir a su madre desde muy temprano a doblarse el lomo, a mover sus alas mágicas por horas: dedos al fuego, pupilas sobre el fogón, silenciosa en la cocina, mientras se cuecen los alimentos en la olla. Largas horas de trabajo en casas de gente ajena, un oficio que hacía a la perfección: cocinar, lavar, tejer, olvidarse de sí y entregar su vida que se fue evaporando como el humo en los platos al mediodía (Posada Mejía, 2020).

Los acontecimientos siguen su curso y nos van desbordando a ese lugar extraño llamado “sentir íntimo”, desde donde el texto quiere ser narrado, materia viva y actuante. Una rebeldía interna lo impulsa entre nacimientos y agonías, en medio de balbuceos e intentos fallidos que van dibujando las coordenadas hacia lugares que más que puntos de llegada serán estaciones, respiros en la búsqueda. De nuevo, las preguntas: ¿Cómo construir un relato desde adentro, desde un lugar tan hermanado en la experiencia compartida, sin líneas divisorias? El lente se nubla al reconocerse y los pasos se vuelven como ecos, los gestos marcan una vida devuelta, un espejo en perspectiva, un presente inaprensible. Las vivencias se hacen nítidas con su candor y su furia.

Era como escribir en el desierto, y en esa soledad casi absoluta fui descubriendo mis procedimientos y midiendo mis fuerzas [...]. Cada autor ha de crear su propia poética. Cada uno constituirá, o tal vez sea mejor decir encontrará, la forma que su escritura requiera, ya que sin la existencia de una forma no hay narrativa posible (Pitol, 2010, p. 48).

Emerge entonces una intención, una necesidad de entender qué significa decir, hablar desde el sujeto, como afirmaba el periodista mexicano Sergio Pitol (2010): “un tratamiento sujeto o como objeto en la escritura, la cual queda infectada por una plaga de imprecisiones, errores, desmesuras u omisiones. Persistentemente uno se convierte en otro” (p. 45).

Le gusta mucho dormir, siempre duerme. Es una forma de refugiarse, como si algo la llamara del otro lado de la vida, calentándole los huesos que dará a la tierra, encontrándose a sí misma como si fuera un feto pronto a darse a la luz, como si ella misma fuera el vientre que la contiene, inundada de sueños y enigmas por descifrar (Posada Mejía, 2020).

Una narrativa procura su propia decantación, supone ir al encuentro con el personaje, porque vale recordar que se habla de la historia de otro que encarna la propia. La travesía no será lineal; por el contrario, caminos divergentes en la escogencia de la historia personal que ahondan en sensaciones, estados de evocación, recreaciones del presente. A esta escritura la denomino reportaje personal, pues el periodista está solo frente al tema que aborda. “La conexión es muy íntima y estrecha y, de hecho, vital. Con la materia prima del propio ser, sin disfraces, del escritor, se modela un narrador cuya existencia en la página es parte integrante de la historia que se cuenta” (Gornick, 2003, p. 12).

A este tipo de narración en el reportaje o en la crónica se le llamó en la década de 1970 Periodismo en primera persona, “una expresión híbrida que quería significar, en parte, ensayo; y en parte crítica social. [...] Tres autores que en esa época lo hicieron con brillantez fueron Joan Didion, Tom Wolfe y Norman Mailer” (Gornick, 2003, p. 14). De estos autores me gustaría destacar a Joan Didion, que ha sido considerada una cronista nata con sus textos en primera persona. Y que, con sus obras, *El año del pensamiento mágico* (sobre la vida y muerte de su esposo) y *Noches azules* (sobre la vida y muerte de su hija), mostró las inmensas posibilidades de lo que denominamos reportaje personal.

Recientemente, en el prólogo de su libro *Con total libertad*, la escritora y ensayista londinense Zadie Smith nos ilumina con la siguiente afirmación: “La escritura es la intersección de tres elementos inciertos: el lenguaje, que nunca es puro; el mundo, que nunca es obvio y el yo individual, cuyos límites son imprecisos” (p. 1). Y esto lo podemos apreciar tanto es sus textos de ficción como en sus ensayos: *Contemplaciones* (2020) y en *Con total libertad* (2021). En el primero nos ofrece sus vivencias y reflexiones durante el confinamiento, en el momento más álgido de la pandemia, y en el segundo explica que su “yo” de carne y hueso y el “yo” de sus ficciones tropiezan por igual, sin alcanzar la perfección y que ambas identidades se interrelacionan, se comunican, se rechazan y polemizan entre sí.

Por su parte, la escritora y periodista argentina Leila Guerriero lleva años publicando en El País de España textos breves en primera persona (ahora recopilados en el libro *Teoría de la gravedad*), que el poeta, novelista y cronista Darío Jaramillo Agudelo (2021) ha definido como poemas en su blog de Luna Libros:

Son poemas íntimos, confesiones. Nunca tanta intensidad en la escritura de Leila Guerriero, nunca tanta conciencia de las palabras, de ca-da-pa-la-bra, que aparecen tan rebosantes de fuerza, de significado, de despiadada búsqueda de sí misma en el fondo de cada sílaba, de cada recuerdo, de cada escena. Monólogos, voz de confianza que no son solo letras que se leen: uno oye, siente un aliento, el ritmo de la voz que habla más allá del aparente silencio de la página impresa. Leo este libro como se lee un libro de poemas; miro un texto; ese texto me devuelve a uno anterior; al releer el anterior, descubro otra cosa que me rebota en otro; avanzo (¿avanzo?) muy decidido a que no se me acabe; dejo el libro un rato porque el siguiente texto me obliga a estacionarme en él. Y así. Como un libro de poemas. [...] El personaje, nunca tan mal llamado “personaje”, es una Leila que cuenta su vida, su infancia, sus dudas, sus visiones íntimas; una Leila, sí, pero también esa persona es el propio lector que se encuentra a sí mismo cuando el monólogo del libro está revelando la intimidad de quien habla, llámese Leila, llámese yo, cualquier yo, el pobre y despojado yo del lector (p. 1)

Aquí tenemos otra forma de reportaje personal ensayístico a ritmo de textos cortos y poéticos.

Una revelación va sucediendo a la par del viaje interior y de la escritura del texto. Espacios de interpretación que acontecen mientras la escritura sucede y es llevada al papel con sus

rasgos de materia inaprensible –un discurrir del agua entre las manos– hasta dejar las gemas como ideas anteceditas por tiempos lentos, meditaciones circulares que nos llevan a encontrar nuevos caminos, horizontes nuevos del sentir.

El desdoblamiento y el punto de vista crítico por una parte y la intención incontrolada por otra, permiten acercarse al “yo” más profundo, cuya presentación consiste a menudo en un examen pormenorizado con muchas ramificaciones, flash backs, detalles al parecer incoherentes, más bien en una narrativa tradicional. Este enfoque pide estrategias narrativas más innovadoras (Ciplijauskaité, 1988, p. 24).

La novela de concienciación abarca muchos procesos de la vida femenina. Sería difícil ponerle límites exactos (...) por medio de la memoria. El despertar de la conciencia en la niña, que pone más énfasis en los años juveniles; el pleno darse cuenta de lo que es ser mujer, la maduración con ser social y político (...) como la relación entre madre (o padre) e hija, el tema cada vez más importante de la maternidad presentado desde el punto de vista de la madre; la técnica muy interesante del “espejo de las generaciones” para mostrar el cambio y la continuidad de la existencia femenina. (...) En todas, la memoria juega un papel importante y configura el discurso (Ciplijauskaité, 1988, p. 35).

La observación entra en un prisma que hace fino el ojo y más atenta la escucha. Como dice Gay Talese, convivir con alguien permite un conocimiento de él, que se apoya en acciones, gestos y emociones visibles, en vez de apenas palabras.

Gay Talese hace su reportaje-ensayo a partir del sentir de un observador “desde dentro” para, así, escribir historias sobre personas comunes, buscando destacar hasta lo que ellas no consideran significativo; pero todo narrado como un cuento. Por eso dice:

Todo lo que escribo está próximo de la ficción, pero no es ficción, es todo verificable. Lo que afirmo es que convivir con alguien permite un conocimiento de él, que se apoya en acciones, gestos y emociones visibles, en vez de apenas en palabras. Ni siempre ocurre, pero en cierto instante podemos saber lo que el otro piensa o siente. (...) Llamo literatura de la realidad, aquello que es verdadero, que ocurre en el mundo real. (...) El escritor, sea un reportero o un ensayista social, precisa antes de todo vincularse, introducirse en el medio que quiere

conocer, para escribir sobre él. El periódico puede ser hecho así, pero concuerdo que no es fácil hacerlo así [Lisboa, sábado 17 de janeiro de 1998, Caderno 2: D1] (Osorio, 2017, pp. 35-36).

La aventura de escribir será, en alguna medida, un puente entre el mundo y ese yo que busca descifrar los acontecimientos. Traer los momentos de regreso es una representación de los miedos anidados, de los deseos suspendidos en la memoria. Un rastrear el pasado para entregar al presente nuevas comprensiones, otras formas de abordarlo.

La tarde se acercaba con los latidos de la infancia que nos invitaban a jugar. Las tardes eran de “comitiva” en el solar. Nos quedábamos largas horas debajo del árbol de mango, ocultos en el granadillo de frutos rojos y pepas jugosas. La libertad llegaba hasta un muro largo, de ladrillo pelado, que nos separaba del patio de la casa vecina. Nos acercábamos por despiste a esos huecos en la pared –oscuros, misteriosos– y salíamos despavoridos, llenos de miedo. Pero la curiosidad nos hacía reincidir. Debajo de las escalas, junto al sótano, otrora un galpón de gallinas, improvisábamos una puerta con mantas viejas y bastaba para imaginarnos dueños de una enorme casa. Jugábamos y siempre estábamos de acuerdo, sin hablar. El fogón para cocinar el arroz y fritar las papas era un tarro de avena que traía una imagen de un señor cachetón, rozagante y de sombrero. De una ollita pequeña sacábamos la comida y la servíamos en vajillitas que se quebraban con el viento. Nos comíamos todo, casi crudo, con la alegría y la lentitud de niños despreocupados por el tiempo, cubiertos por un bosque iluminado y húmedo que escribía en la memoria (Posada Mejía, 2020).

¿Cuáles podrían ser las relaciones entre reportaje personal y el concepto de Universalidad? ¿Qué métodos acercan al periodismo a su objeto de estudio? Bien es sabido que la crónica, la entrevista y el reportaje han sido parte esencial del ejercicio periodístico que, por demás, no excluye la participación de métodos provenientes de otras áreas, como es el caso de la sociología, la antropología o la historia, solo por mencionar algunas.

Ya alguna vez el periodista mexicano Juan Villoro llamó a la crónica “el ornitorrinco de la prosa”:

Si Alfonso Reyes juzgó que el ensayo era el centauro de los géneros, la crónica reclama un símbolo más complejo: el ornitorrinco de la prosa. De la novela extrae la condición subjetiva,

la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate: la «voz de proscenio», como la llama Wolfe, versión narrativa de la opinión pública cuyo antecedente fue el coro griego; del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona. El catálogo de influencias puede extenderse y precisarse hasta competir con el infinito. Usado en exceso, cualquiera de esos recursos resulta letal. La crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser (Villoro, 2005, p. 7).

Estas reflexiones iniciales nos llevan a pensar en un género que ha sido central en la historia del periodismo: la noticia, considerada como el primer relato de todo lo nuevo. La noticia de naturaleza fugaz, de estructura informativa episódica, vive en condición de inmediatez, para luego ser un registro o un dato histórico. Las noticias como relatos donde el concepto de vigencia y novedad, a los cuales hace referencia el investigador alemán Otto Groth, adquieren el estatus de historia integrada a la construcción de un presente en movimiento. Una memoria individual y colectiva dado su carácter de universalidad.

Las noticias nos interesan en la medida en que se acercan más a nosotros y en la que nos sentimos partícipes de la comunidad. (...) Esos puntos de contacto en las apreciaciones de los hombres nos muestran las raíces más profundas. (...) La Ciencia Periodística tiene que descender hasta los últimos fundamentos de su objeto, encontrándose entonces con las preguntas filosóficas del “yo y el mundo”, “del tú y yo”, del “yo y la naturaleza”, sociedad y cultura, etc. (Faus Belau, 1966, p. 55).

Darle un lugar al relato con voz propia, una intención superior al formato, es adentrarse en la realidad, en el paso a paso del acontecer humano. Quizá por ello la urgencia de narrar los rasgos de esa realidad inabarcable desde ejercicios periodísticos con mirada reposada y oportuna para hacer relatos que han abandonado la tiranía del instante. Los relatos desde este ángulo –el reportaje personal– alcanzan validez por lo que expresa el periodista Raúl Osorio:

De la turbulenta realidad que se vuelve otra, así los reporteros construyen su expresividad, sus complejas manifestaciones y asumen la heterogeneidad sin renunciar a lo universal, que siempre ha estado presente en su forma de ser, marcando su cultura en incontables variaciones para volverse un vehículo privilegiado de comunicación y expresión de sentimientos (Osorio, 2020, p. 41).

Un reto para los narradores, empeñados en causas y consecuencias, ha sido ir tras las razones que revelen no solo lo que sucede o sucedió a los individuos o colectivos, sino los porqués. Relatos dotados de descripciones que entregan información clave de un momento, de una posible configuración de la realidad a partir del poder que tienen el lenguaje o la imagen para lograr esos acercamientos a los actos humanos; esos comportamientos que se repiten y aparentemente son anodinos, pero que resultan sumamente reveladores de lo social. Es así como esa condición de aparente fragilidad de la cual parece estar hecha la noticia, tiene en su corazón, un insumo tácito, un sustrato que convierte al reportaje en uno de los métodos de mayor valor en el periodismo, al adentrarse con fuerza en la subjetividad humana y llevar a la memoria de los otros acontecimientos compartidos como algo perdurable. El reportaje personal abre caminos para establecer un diálogo con la intimidad de los hechos que merecen relevancia en la textura de una realidad jerarquizada, para contar aquello que se oculta tras los sucesos tratados con grandilocuencia. Intentar llegar a esos secretos de frontera aparentemente inerrable de la conciencia humana, ser vecinos de esa condición y de ese sentir, es algo que no gratuitamente Max Weber nombraría al aludir al poder la prensa:

La prensa introduce, sin duda, desplazamientos poderosos en las costumbres de lectura, y con ello provoca poderosas modificaciones en la conformación, en el modo y la manera de cómo el hombre capta e interpreta el mundo exterior. El constante cambio y el hecho de darse cuenta de los cambios masivos de la opinión pública, de todas las posibilidades universales e inagotables de los puntos de vista y de los intereses, pesa de forma impresionante sobre el carácter específico del hombre moderno (Weber, 1910, p. 258).

El reportaje personal no solo se ocupa de la trama tejida por las personas que componen ese relato, sino de la situación del Periodismo Literario frente al llamado canon literario:

Una de las apuestas mayores de las luchas que se desarrollan en el campo literario y artístico es la definición de los límites del campo, es decir la participación legítima en las luchas. Decir de tal o cual corriente, de tal o cual grupo, que “no es poesía”, o “literatura”, es rehusarle la existencia legítima, es excluirla del juego, excomulgarla. Esta exclusión simbólica no es sino el adverso del esfuerzo por imponer una definición de la práctica legítima para constituir un ejemplo, una esencia eterna y universal y una definición histórica de un arte o de un género que corresponde a los intereses específicos de los poseedores de un cierto capital específico (Bourdieu, 2000, p. 146).

Hay, entonces, una elaboración, un esfuerzo interpretativo de parte del periodista; es decir, un sujeto que participa, un sujeto que da cuenta del resultado de un producto intelectual. Allí opera lo que Robert Park³ dijo de la noticia como una forma de conocimiento y ahí el reportero acude, en consecuencia, al uso de un método determinado. La experiencia no se puede olvidar, las personas, los lugares, las geografías, las ciudades, los momentos como un estado de ánimo y como resultado sociológico de interacciones. Bajo dicho entendimiento, el enfoque de la noticia como forma de conocimiento, el trabajo del periodista habla de la gente y ello produce cambios decisivos, porque la gente habla de lo que hablan los periódicos. A propósito de la percepción de la realidad a través del lente periodístico de la noticia, Gomis (1991) sostiene que:

Gracias a los medios percibimos la realidad no con la fugacidad de un instante aquí mismo, sino como un período consistente y objetivado, como algo que es posible percibir y comentar, como una referencia general. Son los medios los que mantienen la permanencia de una constelación de hechos que no se desvanecen al difundirlos, sino que impresionan a la audiencia, dan qué pensar, suscitan comentarios y siguen presentes en la conversación. El presente social de los medios dura por lo menos un par de días y su permanencia en los comentarios –que mantienen vivo ese presente– se prolonga por lo menos una semana. El comentario hace más intenso y duradero el efecto de la noticia (p. 14).

³ Sociólogo urbano estadounidense y uno de los principales fundadores de la Escuela de Sociología de Chicago.

El lenguaje es entonces la manera de hacer el presente. El lenguaje permite una dupla de poder simbólico en la experiencia humana compartida, expresada en historia y vigencia:

Corresponde por tanto a la actividad llamada profesional del periodismo dar de la realidad social presente una versión concentrada, dramatizadora, sugestiva, que escoja lo más interesante de todo lo que se sepa que ha ocurrido y hasta lo retoque para ajustarla a las necesidades del tiempo y el espacio. Como ha escrito el sociólogo Salvador Giner, “la mayor innovación literaria de nuestro tiempo es el periodismo. Infamado por su probada capacidad de trivialización de lo complejo, el periodismo puede, sin embargo, expresar con mayor dignidad nuestras preocupaciones más graves y nuestros más grandes anhelos. Su expansión ha sido paralela con la modernidad, que no tendría sentido sin el periodismo” (Giner, 1989, p. 9) (Gomis, 1991, p. 19).

En este sentido, el gran desafío del periodismo es encontrar una voz propia que, en diálogo con otras diversas voces, construya la trama del viaje de la historia vivida, por medio de la experiencia narrada:

Hoy, en el reportaje literario, están presentes la Psicología Social, la Filosofía, la Sociología, como también lo atractivo de las técnicas narrativas traídas del cuento y de la novela, ofreciendo al escritor y al lector las ilimitadas posibilidades del género. Todos esos recursos se funden en las manos del escritor-reportero para llevar los ensayos sociales por nuevos caminos. Sin embargo, son las memorias y los recuerdos, que nos llevan de la mano hasta la emoción, para leer la vida real en forma de novela. En esta visión es que se hace la narrativa de la contemporaneidad: forma de conocimiento con una compleja lógica simbólica que lee la vida como *un viaje etnográfico* (Osorio, 2017, p. 22).

Viene entonces ese camino para llevar lo narrativo a una escala superior, más llamativa y transformadora. Aquello que denominan “cubrir el acontecimiento y no el hecho”. De alguna forma, sería más descubrir el acontecimiento, saber de su entramado mediante las herramientas de la investigación, el acercamiento y el método. Elegir el reportaje o la crónica: interpretación discursiva, construcción o planteamiento de un nuevo enfoque, apreciaciones de la realidad que el periodismo como forma de acercamiento a ella, nos devuelve en la comprensión de su naturaleza diversa y compleja.

En su libro *El secreto de la pirámide*, Adelmo Genro Filho (2010) trata, en rigor, de generar elementos para una teoría del periodismo, entendiendo este como una “forma social de conocimiento”. Allí aborda las categorías “singular”, “particular” y “universal”. El periodismo es caracterizado como una forma de conocimiento centrada en lo “singular”. Una forma de conocimiento que surge, objetivamente, con base en la industria moderna, pero se vuelve indispensable al profundizar en la relación entre el individuo y el género humano en las condiciones de la sociedad futura.

El concepto de objetividad puesto en boga consiste básicamente en describir los hechos tal como aparecen; es, en realidad, un abandono consciente de las interpretaciones, o del diálogo con la realidad, para extraer de esta solo lo que se evidencia. La competencia profesional pasa a medirse por la excelencia de la observación exacta y minuciosa de los acontecimientos del día a día. Sin embargo, al privilegiar las apariencias y reordenarlas en un texto, incluyendo algunas y suprimiendo otras, colocando estas primero, aquella después, el periodista deja inevitablemente que interfieran factores subjetivos. La interferencia de la subjetividad, en la elección y el orden, será mayor cuanto más objetivo, o presa de las apariencias, pretenda ser el texto (Genro Filho, 2010, p. 80).

La afirmación entonces de que la duración del acontecimiento es la única forma de acceder a la construcción de una mirada propia, una dimensión humana, el presente en el periodismo como formador del mismo, hace suponer que la sensibilidad de participar de la memoria de un hecho, de integrar la narración de esa historia con sus protagonistas y afectar desde el lenguaje ese hecho, muestra el poder que el periodismo tiene de movilizar la acción intrínseca a su hacer. La afirmación de ideales de solidaridad y entendimiento. El periodismo y su particularidad en las ciencias sociales de entregar nociones del presente, en tanto realidad social compartida, pero que parte de las vidas vividas, auscultadas, examinadas.

Abordar la subjetividad como una expresión local que participa de la historia universal toda vez que reviste de valor una experiencia y la ubica en el espectro de la condición humana dada su sensibilidad. Si bien hay estudios, reportajes que desde el periodismo dan cuenta del valor de sus géneros narrativos, estos constituyen un área válida para la ampliación de su concepto, debido a la riqueza en panoramas que provienen del periodismo literario.

El material del que los hechos están constituidos es objetivo, pues existe independientemente del sujeto. El concepto de hecho, sin embargo, implica la percepción social de esa objetividad, o sea, en la significación de esa objetividad por los sujetos. Esa premisa materialista puede ser desplegada dialécticamente en determinadas tesis que son importantes para la discusión del periodismo: La propia realidad objetiva es, en cierta medida, indeterminada. El universo es probabilístico, como ya demostró la física moderna. La sociedad, como parte de ese universo, tomada como simple objetividad, también es probabilística. Aun así, además de ser objetiva, la sociedad implica sujetos humanos en proceso de autocreación consciente, es decir, el reino de la libertad. Así, la realidad social debe ser entendida como totalidad concreta, como transformación de la posibilidad y probabilidad en libertad, a través de la creación y superación permanente de necesidades por medio del trabajo. El conocimiento se constituye como un proceso infinito. No es posible conocer exhaustivamente siquiera una parte de la realidad, pues eso implicaría conocer todo el universo y el conjunto de relaciones con la parte contemplada. Y no se puede admitir, ni siquiera teóricamente, el conocimiento integral del todo, ya que este es una “totalidad en proceso de totalización”, autoproducción permanente y eterna (Genro Filho, 2010, p. 114).

El reportaje personal abre caminos para establecer un diálogo con la intimidad de hechos, para hallar desde allí las conexiones con ese común denominador llamado condición humana, y los altavoces que merecen las conductas, los hechos o las circunstancias en el entramado de valores como el poder, el amor, el odio, la injusticia, los sueños, el temor a la muerte, el egoísmo, el deseo o la esperanza. Voces que poseen una tonalidad, un carácter propio. Vivencias que merecen relevancia en la textura de una realidad jerarquizada para contar los acontecimientos, aquellos que se ocultan tras los hechos tratados con grandilocuencia.

Una puerta de salida

En ese ir haciéndose al equipaje, consciente de los elementos que se van necesitando, de la consolidación de fundamentos teóricos para ir liviano y hacer placentera la labor de investigación, la conceptualización y el análisis, el periodista también involucra sus antecedentes particulares, las cargas simbólicas que derivan de su propio mundo. Es en ese autoexamen, acompañado de unos referentes históricos, estéticos y filosóficos, pertinentes al

ser y al hacer periodístico con énfasis en la narrativa ensayística, donde razón y sensibilidad caminan de manos dadas.

Historias que adoptadas por el maravilloso mundo del lenguaje encuentren la manera de convertirse en universos recreados, puentes que se tienden más allá del tiempo y que, tras conocerlos o transitarlos, van transformando el vacío o la hostilidad del mundo. Por ello se hace tan comprensible lo expresado por el poeta Juan Gelman: “Yo te oficié, te recité por los caminos, escribí todos tus nombres al fondo de mi sombra, te hice un sitio en mi lecho, te amé, estela invisible, noche a noche. Así fue que cantaron los silencios... Años y años trabajé para hacerte antes de oír un solo sonido de tu alma...”.

5.3.2 La segunda etapa

El material del que los hechos están constituidos es objetivo, pues existe independientemente del sujeto. El concepto de hecho, sin embargo, implica la percepción social de esa objetividad, o sea, en la significación de esa objetividad por los sujetos. Esa premisa materialista puede ser desplegada dialécticamente en determinadas tesis que son importantes para la discusión del periodismo: la propia realidad objetiva es, en cierta medida, indeterminada. El universo es probabilístico, como ya demostró la física moderna. La sociedad, como parte de ese universo, tomada como simple objetividad, también es probabilística. Aun así, además de ser objetiva, la sociedad implica sujetos humanos en proceso de autocreación consciente, es decir, el reino de la libertad. Así, la realidad social debe ser entendida como totalidad concreta, como transformación de la posibilidad y probabilidad en libertad, a través de la creación y superación permanente de necesidades por medio del trabajo. El conocimiento se constituye como un proceso infinito. No es posible conocer exhaustivamente siquiera una parte de la realidad, pues eso implicaría conocer todo el universo y el conjunto de relaciones con la parte contemplada. Y no se puede admitir, ni siquiera teóricamente, el conocimiento integral del todo, ya que éste es una “totalidad en proceso de totalización”, autoproducción permanente y eterna (Genro Filho, 2010, p. 114).

5.3.3 La tercera etapa

Se evidenció la potencia del reportaje personal como horizonte promisorio para establecer un diálogo con la intimidad de hechos, para hallar desde allí las conexiones con ese común denominador llamado condición humana, y los altavoces que merecen las conductas, los hechos o las circunstancias en el entramado de la vida humana simple, inadvertida al lado de valores como el poder, el amor, el odio, la injusticia, los sueños, el temor a la muerte, los sueños, el egoísmo, el deseo o la esperanza, que son vividas por seres vivientes en los que también están los animales, las plantas y elementos esenciales como el aire o el agua. Voces que poseen una tonalidad, un carácter propio. Vivencias que merecen relevancia en la textura de una realidad jerarquizada para contar los acontecimientos, aquellos que se ocultan tras los hechos tratados con grandilocuencia. Todo ello a partir de un encuentro íntimo con la escritura, el reto de narrar con la mayor nitidez posible y de ir encontrando el hilo conductor en la narración de una historia tensada por la presencia de un personaje revelador, como *La Cartomántica*.

5.3.4 La cuarta etapa

Producción escritural de un relato de largo aliento, que desde la frontera porosa entre la literatura y el periodismo, intenta configurar un perfil del personaje de Reina Mejía desde una narración autobiográfica.

Producto: *La Cartomántica* (ver anexo 1)

Inicialmente la estructura narrativa estaba constituida por cuatro partes: 1. La casa; 2. La Prueba Reina; 3. Retratos; 4. Arcanos en la memoria, los cuales en el proceso cambiaron a 1. Entrada; 2. Ella; 3. La casa; 4. La abuela Sofía; 5. Amor de sangre; 6. Poderes de la mente; 7. Las Preferidas; 8. La prueba Reina; 9. La torre en llamas; 10. Reina de copas; 11. Dos fracasos; 12. El último camaján de Manriqua; 13. El teléfono; 14. Rocío; 15. Lugares de tránsito y 16. Arcanos. El giro en la organización del texto narrativo obedeció a la necesidad de ubicar el personaje como eje central de la historia, desde la cual giraban los acontecimientos, evitando así dispersiones que, en algunos momentos, hacía prevalecer la mirada o situación del periodista narrador por encima de objeto–sujeto narrado; es decir, una

obligación al centramiento del relato basado en la riqueza de los detalles y de los hilos invisibles que el personaje teje y desteje en la medida en que vive, influye o determina la vida con otros, y entre los cuales se incluye la propia vida de la autora.

5.3.5 Miradas desde adentro

Se puede afirmar que el proceso inicia desde el mismo momento en que aparece la pregunta orientadora, seguida de un ejercicio de escritura constante, en el que se tiene en cuenta los referentes teóricos y contextuales.

6. Resultados Esperados

6.1 Compromisos

Presentación de los resultados a través de un texto ensayístico monográfico, acompañado por reflexiones teóricas metodológicas del periodismo literario, que desarrollen los aspectos centrales de la investigación.

Realización de un libro-reportaje, gracias a las técnicas asimiladas por el periodismo en los formatos de la crónica, el perfil, el reportaje y la entrevista, enmarcados en las vertientes de los estudios socioculturales y de la narratividad y los discursos periodísticos. En dicha obra se profundizará la reflexión filosófica sobre la figura de la madre, de la pitonisa y de la casa, a partir de una escritura periodístico-literaria, fronteriza a los terrenos de lo autobiográfico.

6.2 Consideraciones Éticas

La reflexión ética de este proyecto es transversal y está presente en todas sus fases de desarrollo. El requisito ético y valor social de la investigación se aplican en el respeto por los valores de la cultura y de la comprensión del OTRO. “Pero la ética del periodista no incluye solo el respeto a la intimidad; también implica otras obligaciones (...) Escribir un relato no significa abusar de todas las libertades para trastocar la realidad al amaño de la imaginación” (Hoyos, 2003, p. 387).

Referencias

- Anzaldúa, Gloria (2016). *Borderlands. La frontera. La nueva mestiza*. Madrid: Capitán Swing Libros.
- Aricapa, Ricardo (2012). *Trópico en las venas. Crónica. Pecet, 1986-2011: veinticinco años de investigación para la vida*. Medellín: PECET, Universidad de Antioquia.
- Bal, Mieke (2009). *Conceptos viajeros en las Humanidades. Una guía de viaje*. Málaga: Cendeac.
- (1987). *Teoría de la narrativa: una introducción a la narratología*. Barcelona: Ediciones Cátedra.
- Belli, Gioconda (2010). El infinito en la palma de la mano y el discurso de los cuerpos y la sexualidad en la literatura de los Apócrifos de Adán y Eva. *ÍSTMICA. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras*, (13) (diciembre), 11-28.
<https://www.revistas.una.ac.cr/index.php/istmica/article/view/2133>.
- Berganza Conde, María Rosa. (1999). Hacia una recuperación del pensamiento de los pioneros: el concepto de comunicación en la teoría sociológica de Robert E. Park. *Comunicación y sociedad*, XII (1), 49-76.
- Bourdieu, Pierre & Wacquant, Loïc J. D. (1995). *Respuestas. Por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Bordieu, Pierre (2000). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Bustamante, Víctor (2017). *Los Malditos*. Medellín: Babel.
- Caballero, Antonio & Iragorri, Juan Carlos (2002). *Patadas de ahorcado. Caballero se desahoga. Una conversación con Juan Carlos Iragorri*. Bogotá: Planeta.
- Ciplijauskaitė, Biruté (1988). *La novela femenina contemporánea (1970-1985)*. Barcelona: editorial ANTHOPOS.
- Correa Soto, Carlos Mario (2017). *Narradores del caos. Las apuestas de la crónica latinoamericana contemporánea*. Medellín: Editorial EAFIT.
- (2014). *Aprendiz de cronista. Periodismo narrativo universitario en Colombia 1999-2013*. Medellín: Editorial EAFIT.

- Delory-Momberger, Christine (2017). Sentido y narratividad en la sociedad biográfica. *Revista de Antropología y Sociología: VIRAJES*, 19 (2), 265-281. DOI: 10.17151/rasv.2017.19.2.13
- Didion, Joan (2006). *El año del pensamiento mágico*. Literatura Random House.
- Didion, Joan (2012). *Noches azules*. Literatura Random House.
- Fals Borda, Orlando (2009). *Una sociología sentipensante para América Latina*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores y CLACSO.
- Faus Belau, Ángel (1966). *La ciencia periodística de Otto Groth*. Pamplona: Universidad de Navarra.
- Ferrarotti, Franco (2007). Las historias de vida como método. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 14(44), mayo-agosto, 15-40. Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca.
- Fernández, Pablo & Mora García, Javier (2011). Periodismo y teoría de la literatura: una mirada conjunta. *Ogigia Rev. Electrónica Estudios. Hispánicos*, 11, 33–45.
- García Márquez, Gabriel (2014). *Gabo periodista. Antología de textos periodísticos*. Colombia: Fundación Gabriel García Márquez para el Nuevo Periodismo Iberoamericano.
- García Usta, Jorge (1995). *Cómo aprendió a escribir García Márquez*. Medellín: Editorial LEALON.
- Gelman, Juan (1997). “Fábricas del amor”. *Poesía reunida 1956-2010*. Ed. Seix Barral, 2012. <https://trianarts.com/juan-gelman-fabricas-del-amor/#sthash.qhuxhp7z.dpbs>
- Genro Filho, Adelmo (2010). *El secreto de la pirámide*. Caracas: Agencia Venezolana de Noticias.
- Gomis, Lorenzo (1991). *Teoría del periodismo: cómo se forma el presente*. Barcelona: Paidós.
- Gornick, Vivian (2003). *Escribir narrativa personal*. Buenos Aires: Editorial Paidós.

- Hernández Sampieri, Roberto (2014). *Metodología de la investigación*. México: Interamericana editores.
- Hoyos, Juan José (2012). Con el viento en contra, en: *Helí Ramírez. Poemas ilustrados*. Medellín: Tragaluz editores, 71–85.
- (2003). *Escribiendo historias. El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Jaramillo Agudelo, Darío (2012). *Antología de crónica latinoamericana actual*. Bogotá: Editorial Alfaguara.
- Jaramillo Agudelo, Darío (2021). *Gozar Leyendo # 145: Leila Guerriero* [en línea]. Disponible en: <https://www.lunalibros.com/gl145/>
- Jodorowsky, Alejandro & Costa, Marianne (2004). *La vía del tarot*. México: Editorial Grijalbo.
- Jung, Carl Gustav (1988). *Sincronicidad*. Málaga: Editorial Sirio.
- Levi, Giovanni (2019). *Microhistorias*. Bogotá: Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de los Andes.
- Lisboa, Luiz Carlos (sábado, 17 de janeiro de 1998). Gay Talese dedica-se à literatura da realidade. In: *O Estado de São Paulo, Caderno 2*.
- Lipovetsky, Gilles (2006). *La tercera mujer: permanencia y revolución de lo femenino*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- López Pan, Fernando (2019). Periodismo literario: Entre la literatura constitutiva y la condicional. *Revista Ámbitos* (19), 97–116.
- Mancera Rueda, Ana (2011). El periodismo en las preceptivas literarias de los siglos XIX y XX. *Dicenda Cuadernos Filológicos. Hispánica* (29), 231–250.
- Martínez, Tomás Eloy (2017). *Santa Evita*. Madrid: Editorial Alfaguara.
- Montero Herrero, Santiago (1994). *Diosas y adivinas. Mujer y adivinación en la Roma antigua*. Madrid: Editorial Trota.
- (1997). *Diccionario de adivinos, magos y astrólogos de la antigüedad*. Madrid: Editorial Trota.
- Osorio, Raúl (2017). *El reportaje como metodología del periodismo. Una polifonía de saberes*. Medellín: Editorial de la Universidad de Antioquia.

- (2020). Reportaje, novela y crónica: metodologías de la narrativa. En: *Literatura, diálogos y redes trasatlánticas*. Berlín: Peter Lang: 99-116.
- Páramo Morales, Dagoberto; Shester, Jesús; Campo Sierra, Leydis Marcela y Maestre Matos (compiladores) (2020). Tomado de *Métodos de Investigación Cualitativa-Fundamentos y aplicaciones*. Santa Marta: editorial Universidad del Magdalena, primera edición
https://books.google.es/books?hl=es&lr=&id=DH4qEAAQBAJ&oi=fnd&pg=PT2&dq=los+m%C3%A9todos+investigativos+del+reportaje+personal+&ots=eBwYtDyKqO&sig=vrKarnqx9Tt8uhknW-ffgACbe_M#v=onepage&q&f=false
- Palenque, Marta (1996). Entre periodismo y literatura: indefinición genérica y modelos de escritura entre 1875 y 1900. *Soc. Lit. Esp. Siglo XIX Coloq.* 195–205.
- Posada Mejía, Gisela Sofía (2020). En busca de la voz íntima del reportaje personal. *Folios*. Revista de la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia. EDICIÓN ESPECIAL, Números 43-44, enero-diciembre
<https://revistas.udea.edu.co/index.php/folios/issue/view/4193>
- Posada Mejía, Gisela Sofía (2017). La prueba reina. Medellín: Periódico *Universo Centro*, N° 92.
- Pinkola Estés, Clarissa (2018). *Mujeres que corren con lobos*. Madrid: Editorial B de Bolsillo, España.
- Pitol, Sergio (2010). *Una autobiografía soterrada: ampliaciones, rectificaciones y desacralizaciones*. Oaxaca: Almadía.
- Prigogine, Ilya & Nicolis, Gregoire (1994). *La estructura de lo complejo en el camino hacia una nueva comprensión de las ciencias*. Madrid: Alianza Editorial.
- Puerta Molina, Andrés Alexander (2018). *La mirada del cronista: el método de Alberto Salcedo Ramos*. Medellín: Sello Editorial Universidad de Medellín.
- Rojas Herazo, Héctor (1976). *Señales y garabatos del habitante*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Rotker, Susana (2005). *La invención de la crónica*. México: Fondo de Cultura Económica, Fundación para un Nuevo Periodismo.

- Ruiz de la Cierva, María del Carmen (2012). Interdiscursividad entre literatura y periodismo: La columna. *Proc. 10th World Congr. Int. Assoc. Semiot. Stud. IASSAIS*, 1735–1748.
- . (2010). Estudio contrastivo de estructuras poiéticas compartidas entre el discurso periodístico y el literario en la era digital. *Común Desarrollo En: Era Digital. Congreso AE-IC*, 214.
- Salazar, Alonso (1990). *No nacimos pa' semilla*. Medellín: CINEP.
- . (2001). *Drogas y narcotráfico en Colombia*. Bogotá: Planeta.
- . (2001). *La parábola de Pablo*. Bogotá: Planeta.
- Sims, Norman (1998). *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Medellín: Reseña en Alma Mater - Universidad de Antioquia, 27–47.
- Smith, Zadie (2020). *Contemplaciones*. Salamandra.
<https://www.thegodmothermag.eu/post/el-yo-fragmentado-la-escritura-l%C3%BAcida-de-zadie-smith>
- . (2021). *Con total libertad*. Salamandra.
<https://www.thegodmothermag.eu/post/el-yo-fragmentado-la-escritura-l%C3%BAcida-de-zadie-smith>
- Spitalleta, Reinaldo & Escobar Velásquez, Mario (1991). *Reportajes a la literatura colombiana*. Medellín: Universidad de Antioquia/Biblioteca Pública Piloto de Medellín.
- Tamayo, Clara; Campuzano, Carolina; Guerrero, Sonia; Cano, José Mario, Equipo Prensa Escuela. (2017). *Leer la vida en la prensa, un ejercicio ciudadano desde la infancia*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Tejada, Luis (1977). *Gotas de tinta*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura.
- Vallejo Mejía, Maryluz (1998). *La crónica en Colombia: medio siglo de oro*. Reseña en Alma Mater – Universidad de Antioquia, 5–26.
- Vélez, Jaime Alberto (2000). *El ensayo. Entre la aventura y el orden*. Bogotá: Taurus.
- Vidal, Margarita (1999). *Entre comillas*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.

Villoro, Juan (2005). *Safari accidental*. Ciudad de México: Editorial Joaquín Mortiz.

Weber, Max (1910). *Para una sociología de la prensa*. Ponencia presentada en el Primer Congreso de la Asociación Alemana de Sociología.

Zuluaga, Pedro Adrián (2020). *Qué es ser antioqueño*. Bogotá: Penguin Random House.

Anexos

Anexo 1. La Cartomántica

—Reina, toda la vida has leído el tarot, desde niña, ¿qué sientes?

—Yo amo mi tarot

— ¿Qué sientes por él?

—A veces me da temor leerlo, por las muertes. Cuando la muerte sale, me asusto.

— ¿Qué significa para vos haber sido adivina?

—Eso significa que yo nací un 7 de diciembre a media noche. Quiere decir que uno está predestinado a tener mucha luz y a ver el futuro.

Lee el tarot egipcio hace más de siete décadas, parece saberlo de memoria y no necesita mirarlo. Se atreve a definir el estado de ánimo de una persona y decir cómo está vestida, aunque no la vea, aunque esté ausente. Cierra los ojos y habla:

—Le cubren: alegrías en dinero y cambio en la vida sentimental. Viene alguien nuevo para su vida. A los pies: una J la piensa, aunque a veces con celos y resentimiento. A la izquierda una letra J deseando hablar con usted.

Asiente con su cabeza, da fechas, dice nombres. Lo que lee parecer ser decreto. Baraja el naipe con agilidad, es un oficio que no olvida. Abre y cierra los ojos mientras maniobra y mezcla el naipe. El ambiente se torna enigmático, ella está leyendo el futuro ¡vaya cosa! Sus dedos se deslizan y son música al compás del fajo de cartas. Tiene destreza, aun así, dos cartas caen: el diablo y la carroza que significan traición y viaje. Las vuelve a llevar a su lugar, las incorpora y respira. Cada carta es interpretada dependiendo de las que salen al lado. El manojito vuelve a sus manos:

—En su cabeza, a sus pies, a la derecha, a su izquierda, quién la cubre, el contenido y el respaldo de su vida. En su cabeza: sale el dinero que le va a llegar, plata, le van aumentar el sueldo. A sus pies: la van a invitar a un matrimonio y es por letra C, también le marca un amor pensando en usted y es una letra C. A los pies, una letra D ¿por qué con rabia? ¿por qué desconfía? A la derecha un viaje a una ciudad o parte cercana. A su izquierda: un mono ¿quién es este mono? A su cabeza: le marca ascenso en su trabajo. A sus pies: una C pensando en usted. Le cubre un moreno trigueño pelinegro, deseando hablar con usted, le quiere proponer algo de trabajo. A los pies, J ¿quién es la J? Él todavía la quiere mucho y piensa mucho en usted y pregunta por usted con disimulo; él va a tener un accidente, pero no es grave. El contenido de su vida: ¿ay, por qué? ¿Será que le va a pasar algo? Mire a usted triste llorando la ausencia de alguien. Y en su respaldo una F ¿quién es una F? Te marca una C queriendo hablar contigo, también una H y una D. ¿Qué quiere preguntar? Parta en tres: un accidente de un blanco pelinegro. Volvámoslo a barajar. Preguntemos aquí por él. Vea a usted acá, un moreno deseando verla, una H ¿quién es? Te marca una G queriendo hablar contigo. Mucho cuidado con un robo en dinero o en objetos de valor. Una mujer de la familia, muy adulta muy enferma, hospitalizada y grave ¿seré yo? ¡Ay dios mío!

Ella

Toma puñados de pastillas en varias tandas en el día. Les pone fe cada vez que se las lleva a la boca. Se bendice en silencio. Ahora la invade el silencio mientras duerme o cuando por intervalos va al baño con dificultad, ayudada por una persona que la cuida. Su rostro se va pareciendo más al que tenía su madre.

Una corriente de sal parece traer el caudal de ríos antecesores, como sobre una piedra cincelada el rumor permanece en la sangre. Imagino a Reina de niña, sentada y descalza en el andén de su casa en Yarumal, Antioquia, viendo cómo su madre desde muy temprano salía, aún a oscuras, a doblarse el lomo, a mover sus alas mágicas por horas: dedos al fuego, pupilas sobre el fogón, silenciosa en la cocina de otros, mientras se cuecen los alimentos en la olla. Largas horas de trabajo en casas de gente ajena, un oficio que hacía a la perfección: cocinar,

lavar, tejer, olvidarse de sí y entregar su vida que se fue evaporando como el humo en los platos al mediodía.

Ahora Reina supera en casi dos décadas la edad en que murió su madre. Tiene sus manos y el gesto de ella al dormir –una mueca extraña–. Las grietas, las heridas del tiempo se traslucen en sus manos, siempre hermosas y su cuerpo parece desvanecerse. Ahora mira con ojos aquietados y cuando expresa lo que piensa, suspende por tramos el habla, casi ni modula, si lo hace es para decir una sentencia o para expresar una verdad en sus labios casi quietos.

Hace poco regresó a su casa después de una larga hospitalización por una urgencia cardíaca. Su corazón es una marcha lenta, de sospechoso fuego y la respiración casi ni se agita. Se ha ido quedando como en una estación, un silencio empezó a subirle por los pies, por las rodillas y su cuerpo se ha ido encogiendo. Camina despacio, muy despacio, con mucha dificultad porque sus piernas se han ido debilitando, aunque aún se pinta la cara y se arregla el cabello.

De pequeña me impresionaba su cuerpo grueso y sus anchas caderas. Recuerdo que alguna vez, en un bus desde el barrio Manrique camino al centro de Medellín –casi nunca cogía bus, porque solo le gustaba ir en taxi– sus nalgas enormes se quedaron atoradas en la registradora y casi no logra destrabarse, tuvo que ayudarle el conductor. Era tan gorda que, a veces, le daba dificultad caminar. Pero su gordura era atractiva. Ella aún huele a mamá, nunca se le ha quitado ese olor a leche caliente. De niña me acercaba a ella como un ternero recién parido y me acostaba a sus pies, casi siempre me tocaba la parte “mala” como solía pensarlo; porque la parte buena –su tronco con la respiración, sus brazos, la cabeza, los ojos y su boca estaban ocupados en la cama por otra hija (Lucía), una de las preferidas entre seis mujeres que fuimos, nunca vi un hijo hombre en esas–. A mí me tocaban los pies y las piernas blancas y gruesas, también mi empeño vencía lo aburrido que era coger una cajetilla de fósforos por el lado del papel de lija con la estampa de fósforos el Rey y bajar y subir, rascándole los callos de esos duros y profundos de color amarillo, esos jarretes llenos de callos que le picaban todo el tiempo, y ante lo cual sentía alivio. La hija de siete años hacía el trabajo, mientras la otra la abrazaba y disfrutaba del calor de sus pechos. Creo que los callos se le fueron formando por los kilos de más, llegó a pesar hasta 120 kilos con una estatura de 1.50 metros.

Cuando solía ponerse tacones, yo sufría imaginándome que se iría de bruces por esas lomas del barrio; tal vez perderse de la vista y no regresar jamás, como esos balones de caucho que se perdían loma abajo en las quebradas, esas lomas que parecían tragarse todo, hasta los recuerdos.

La casa

Reina me parió a los siete meses. Nunca ha sabido responder bien la hora. Algunas veces cuenta que fue de madrugada, otras en la noche. Se enoja por la insistencia y prefiere cambiar de tema. Nací prematura y dicen mis hermanas mayores que debían cargarme todo el tiempo, de lo contrario los pulmones se contraían, la cara se ponía morada y me ahogaba. La abuela Sofía las obligaba a que me mantuvieran cargada. Nací sin uñas, sin cejas, con un cuerpo diminuto y muy fea.

A mi mamá lo que más le gustaba era estar embarazada y no le dolía parir los hijos. Soy la octava de nueve: tres hombres y seis mujeres. En cada pieza de la casa que hizo mi papá con sus propias manos, nos acomodamos: Orlando, el mayor, junto con León y Alejandro ocupaban el antepenúltimo cuarto, tenían peleas por el desorden y porque cada uno se dormía tarde o se levantaba muy temprano. Las mujeres estábamos repartidas en las otras piezas: Beatriz, la tercera y la mayor de las mujeres, dormía con Piedad y Claudia, la sexta y la quinta. Ángela dormía conmigo en la pieza junto al patio, y la última la ocupaban Reina y mi papá Óscar, con Liliana, la menor. Mi madre tenía un pequeño escritorio en la pieza donde dormían. Las clientas llegaban desde muy temprano y a esas horas se podían cruzar con el policía de tránsito (el papá), que luego regresaba para el almuerzo al medio día y se volvía a ir hasta adentrada la noche.

Tengo siete años y la casa es un cascarón; la casa sostiene nuestro mundo. Los hilos de mi madre son una telaraña invisible de tensiones, rabias y afectos y es lo que nos mantiene unidos a todos. A mí me gustaba estar descalza y andar por la calle casi desnuda y sin bañarme. Algunas veces mi madre ensayó a enviarme a casas de ricos y probar si me

amañaba, pero al cabo de algunas semanas yo escuchaba que decían: “esta niña no hizo sino llorar y se escondía en la pieza de la señora del servicio, sin querer salir”.

El muro estaba ahí, de ladrillos pelados y cemento gris. Es una fila simétrica que separa nuestra casa en Manrique de la casa vecina. Ambas tienen solar trasero, son casi idénticas, con los mismos árboles y la misma extensión, el mismo sótano amplio y oculto en la parte trasera e inferior de la casa. El solar permite ver la intimidad de los demás (o imaginarla). La ropa extendida, las medias, las camisas, los pantalones, los vestidos de las mujeres, las sábanas de un blanco monótono, los calzoncillos gastados, la caneca de basura, las escobas quietas, los palos de mango florecidos. El muro es una frontera porosa a los gritos, a los llantos, a las peleas que se arman. El viento sopla y estamos invitados a encontrarnos, a jugar libres y lejos de la mirada de los grandes, mientras nos pasamos por las ramas del palo de mango con las manos sucias y sin bañarnos. Miramos por encima del muro y nos sentimos volar sobre él, jugamos a ser dueños de todo y no sabemos de egoísmos.

El solar es una pequeña selva en medio de casas vecinas de largos corredores y piezas. Casas de una sola cocina y un solo baño. Piezas para muchos hijos y camas que se juntan. Las calles son estrechas y de pocas aceras, hay una sola avenida principal que gobierna el curso del barrio, allí hay ruido de buses y de carros día y noche. Los buses pasan repletos en la madrugada y en la noche regresan atestados, todos llevan cara de aburrirse mucho. Antes de salir a ese mundo, de sentir sus agujas, las tardes llegaban suaves y en las copas de los árboles los nidos con pájaros pichones. La tarde es propicia para hacer “comitiva” en el solar y nos quedamos horas debajo del palo de mango, ocultos en el granadillo de frutos rojos. La libertad llega hasta el muro de ladrillo pelado que nos separa del patio vecino. Nos acercamos a los huecos en la pared, oscuros y misteriosos, y salimos despavoridos, llenos de miedo, pero la curiosidad nos hace volver, hay una delicia en sentir ese frío que sube por los pies y llena el cuerpo.

Debajo de las escalas en el sótano –antes un galpón–, improvisamos una puerta con mantas viejas y nos imaginamos dueños de una casa con cocina. Jugamos y estamos de acuerdo sin hablar. El fogón para cocinar el arroz y freír las papas es un tarro viejo con la imagen de un

señor de sombrero que dice avena. De una ollita sacamos la comida y la servimos en vajillas de plástico que se quiebran con el viento. Nos comemos todo, casi crudo. Estamos felices, el tiempo está de nuestro parte, el tiempo es lento con bosques iluminados de infancia húmeda en la memoria.

Un día, cuando la casa empezó a quedarse sola, el árbol de mango se vino abajo, sus brazos cayeron y los anillos quedaron dispersos como un músculo sin cuerpo. El estruendo contra el piso advirtió de los pedazos rotos. Llegó el silencio. El árbol era centro, la savia de la familia y de repente quedó arrancado de la tierra y, como él, todo se fue muriendo.

La abuela Sofía

De una piel suave parecen estar hechos los duraznos, de jugosa carnosidad, y llevan por corazón un fruto fuerte y corrugado. Reina al nacer parecía un durazno. Tu susto, abuela Sofía, debió ser de pánico, al saber que estabas embarazada. ¿Qué importaba el hombre con el que habías concebido a la niña? Él no estaría ahí para ayudarte, se iría y hasta lo negaría todo. Haberte metido con un hombre de una clase social diferente te hacía incompetente, negada para siempre. Pasar un lindero no permitido del amor trae sus castigos. La primogénita venía en camino y también los insultos y hasta las amenazas con cuchillo, amenazas hechas realidad cuando tu hermano te lanzó con todo el odio y desprecio que pudo, un cuchillo para matarte, ese cuchillo, afilado, que pasó cerca a tu rostro y quedó suspendido en la pared mientras se te salía el corazón. Todos repudiaron esa vida que elegiste al tener una hija sin casarte. Vivías en un pueblo pacato, eras de Yarumal, Antioquia, y además una mujer pobre que al tener un hijo en esas condiciones -por fuera del matrimonio- te convertía en una pecadora.

Reina nació en 1938. Solo bastaron unos cuantos años más para que llegara el segundo hijo: un niño negro, esta vez, fruto de un amor furtivo, pero amor. Te había hecho magia en las entrañas, decían, en medio de las montañas de Cisneros, cerca de la estación, allí te encontrabas con él, deseosos y enamorados. Le hacías de comer a los ingenieros y él estaba ahí, mientras se construía el ferrocarril de Antioquia.

Te abriste camino, señalada y sola. Cómo estaría tu alma en medio de palabras como “cayó en desgracia”, “sus hijos no tendrán apellido”. Tuviste que salir de ese pueblo hacia Medellín y llegar a casas que no eran tuyas. Fuiste a dar a una pensión de estudiantes, donde hacías de comer para cuarenta personas y te levantabas de madrugada antes del amanecer para cocinar el maíz y hacer un centenar de arepas. Ollas enormes y pesadas de aguadulce para el chocolate. Era un “batallón” de estudiantes de la pensión ubicada en la casa Granada, cerca de la iglesia de la Veracruz, en pleno centro de Medellín. Te pasaste la vida fregando pisos, lavando ropa, haciendo de comer para otros, solo te importaba el bienestar de tus hijos, eras padre y madre; hacías cuanto fuera necesario. Los llevabas para todos lados contigo, los ponías debajo del mesón de la cocina, junto a tus pies, en una caja de cartón, al calor de tus pies. Mimabas en exceso a la niña, siempre para ella los cuidados y evitar a toda costa que sintiera frío o le faltara algo. Siempre estuviste a su lado, incluso cuando se casó con ese muchacho joven toma trago y mujeriego, que para nada te gustaba. Te quedaste con ella y la cuidaste a toda costa y a los muchos hijos que iban llegando.

Te fuiste volviendo la fuerza de la casa, nada pasaba sin que tú supieras, sin que tú hubieras dispuesto su destino. Tus manos laboriosas hacían la comida, planchaban la ropa de los grandes y de los niños recién llegados. A los pequeños solo nos tocó sentir las partes últimas de tu calor protector, eras un delantal morado de cuadros que olía a comino, a maíz. De niña me estrellaba contra él y sentía el bienestar del mundo, el que me dabas con tu presencia. Me llevabas a la cama y tenías el poder de sentir el hambre de mi estómago antes de quejarme o entrar en llanto, tú me calmabas con las manos grandes en la frente, luego regresabas con el biberón con aguadulce tibia, y me lo ponías en la boca. Me enseñabas a sujetarlo, mis manos pequeñas debajo de las tuyas. Esa dicha es irreplicable, tan simple la felicidad, era una luz para mi mundo, el bienestar tenía forma y se llamaba abuela.

Una tarde el frío se apoderó del cielo, hacía frío por dentro del cuerpo, el cielo estaba muy nublado y las horas pasaban lentas. Días antes te habías caído por las escaleras de madera que había improvisado mi papá en el solar con unas vigas largas, había cruzado las tablas que se volvieron escalera. Te habías caído bajando a ponerle comida a las gallinas antes de que se durmieran, lo hacías a las cinco de la tarde y les ponías una manta encima. Ellas se iban

acomodando en el cuarto del sótano, cerca al solar, en unos palos largos que también mi papá había llevado, estaban en forma perpendicular y ellas se iban acomodando como si cada una supiera su lugar, yo las veía quedarse ahí como malabaristas, quietas con sus cuerpos que se salían y permanecer con los ojos cerrados como cocidos para siempre. Recuerdo que te caíste de lo más alto, cuando bajabas por las escaleras mojadas, había llovido mucho. De esa caída te llevaron al médico y regresaste con una hilera de puntos en las piernas, eran como clavos que se te habían metido en las piernas y la sangre todavía salía fresca por los poros.

Una tarde, como a las cuatro, dijiste que te sentías indispuesta, que te ibas a acostar un rato y te fuiste para la cama después de recoger la ropa que estaba en el patio, la ropa que se multiplicaba, eran muchos, parecían cientos. La habías entrado y alcanzado a doblar antes de llover. Sentías la lluvia antes de que llegara, aunque el cielo estuviera despejado, la escuchabas llegar en tu cabeza. Esa vez no te volviste a parar, las arepas que habías hecho en la mañana se quedaron en el canasto que escondías en el escaparate y que siempre dejabas envueltas en un pañuelo. Las guardaste así para el papá de la casa, que siempre las pedía para sus comidas, cualquiera fuera, una arepa para acompañar; hasta en leche fría iban a parar en migas. La ropa se quedó sin planchar y los platos en la cocina sucios, sin lavar. Te fuiste a la cama en silencio, como un animal te recogiste solitaria a esperar la muerte. Recuerdo que decían que hiciste varios ronquidos y luego estuviste agonizando hasta morir. Yo no sabía qué era agonizar, creí que te habías dormido más de la cuenta y que luego te ibas a levantar y otra vez estarías por la casa como el sol que nunca abandona el cielo, dando luz a todo lo que tocabas, haciendo sentir que todo funcionaba y el mundo comenzaba con cada amanecer.

Reina, tu hija, apenas había regresado de las lecturas del tarot, desde temprano se había ido a leer cartas al otro lado de la ciudad, pues la comida se estaba acabando y éramos muchos, las deudas subían, y era algo que repetía como una cantaleta, antes de salir. Llegó agitada, temblorosa y como una loca empezó a gritar. Se sentó en la cama, donde estabas inmóvil, se acostó abrazada a tus rodillas y de allí no se paró por horas. Se repetía a sí misma que era culpable de tu muerte por dejarte sola. El llanto estaba en la sala, en la cocina, en el patio, en la acera de la casa, en los corazones desconsolados de todos los que quedamos huérfanos de amor por tu partida, creíamos que eras eterna, que nunca te ibas a morir.

Recuerdo que estuviste la noche en un ataúd de madera, con un hábito franciscano y unos algodones en la nariz. Yo no podía verte, estabas muy alta para mi estatura, yo veía la sala vacía de muebles y en la mitad tú metida en un retablo extraño de madera con cuatro cirios enormes y encendidos toda la noche, las gotas de esperma caían lentamente. Alguien me subió y estampó mi cara contra el vidrio, estabas debajo de mí y no olvidó tu rostro tan dormido, la expresión de tu cara momificada, el tabique de tu nariz más grande y rígido, algo se llevó tu sonrisa, el brillo en tu mirada. Los párpados cerrados, el camino cerrado, el abrazo cerrado, el calor de tu cuerpo cerrado para siempre. El día se volvió noche y la noche tan larga que solo recuerdo que te llevaban en hombros, a la mañana siguiente, por el corredor central del cementerio San Pedro, iban de negro y lloraban. Te metieron en un hueco que había en la extensa pared de lápidas y te taparon con cemento fresco, un hueco de la extensa pared y alguien que ni siquiera sabía quién eras, marcó tu nombre con la punta de un palo.

El sol se ocultó esa tarde, el sol de un mar que nunca viste, mientras yo te veía, como todas las tardes, sentada frente a la ventana en tu pieza, con el pelo suelto, luego de deshacer la moña que sujetabas con una peineta. Dejabas caer tu largo y ondulado cabello de mujer adulta que había pasado los setenta años, decías que estabas muy vieja y que no te volverías a mirar en un espejo.

Amor de sangre

“He vivido siempre a dos metros de distancia. Como si lo que viviera, lo viera fuera de mí, como quien mira una película sin involucrarse mucho. Un mecanismo de sobrevivencia, de resistencia al miedo, quizás esto ha permitido que algunos me reconozcan fuerte. Aunque puede ser solo inconsciencia”. Acabo de leerte en el WhatsApp, Ángela, en uno de esos mensajes que se lleva el tiempo, que pueden quedar borrados por la extensa cadena de textos y audios que se reúnen todos los días y que han reemplazado las misivas que antes escribíamos a mano y que al concluir las doblábamos en partes iguales y llevábamos a un sobre blanco con las marcas azules y rojas, que indicaban que la tarea estaba hecha, que la carta tenía alas para volar y llegar al destinatario. Así me llegaban las tuyas, con esa letra delicada, esa perfección en la letra pegada.

La abuela Sofía, me cuentas, te decía que “entre rosas y azucenas lo moreno es lo mejor” y así te calmaba el lastre de ser negra, esa marca que te hacía diferente entre las hijas de Reina y esa sensación de sentirte fea, de la cual nunca te has podido desprender. Estabas ahí, con la peinilla en la mano intentando domar la maraña de pelo, te separabas por cadejos la inmensa melena -de cada pelo te nacían mil-, terminabas peleando con tu pelo y era él quien te domaba. Yo presentía que era la expresión de tu rebeldía, de esa molestia eterna con la que habías nacido, que te salía por el pelo, eran tus antenas al mundo, por eso casi siempre lo llevabas cogido, agarrado.

Ese día me repetías como casi siempre lo hacías: “esta cama está sin hacer, te toca tenderla y es bueno que aprendas a realizar las cosas por ti misma; aunque ¡qué pecado de mi Chichi, desde pequeña tan sola y sin quien le enseñe y le explique nada, como lo hacía la abuela Sofía con nosotros los grandes!, ¡qué pesar de ustedes los chiquitos! Les tocó estar sin ella y no saben lo que fue sentir que todo en la casa funcionara: ella era el reloj sin dañar, el lavadero limpio, la ropa doblada, el piso trapeado”. La abuela Sofía era la cocina, un tren brillante a todo vapor que nos llevaba felices y con las tripas llenas; la máquina de moler, el olor a maíz y las arepas recién hechas, olor a especias de comino para rellenar las tortas que luego paraban en el aceite caliente. Con ella el polvo no existía y a las camisas nunca le faltaban los botones, las medias no estaban nonas, los calzones húmedos, el piso sin trapear. Ella multiplicaba los peces, le alcanzaba el día para rezar el rosario, nunca pensaba en ella y atendía, sin descanso, la chorrera de nietos que le había heredado su hija.

Habías llorado meses, lo recuerdo, veía tus ojos encharcados de lágrimas la mayor parte del tiempo, creo que aún continúas llorando, has vivido para llorar, aunque tu risa sea contagiosa y vuelva fiesta lo triste, lo trágico, al encontrar el lado gracioso de la vida.

Tenías en la cara las marcas de los arañazos de Beatriz, luego de la pelea que sostuvieron en la mañana. Recuerdo los gritos de ambas, como de gatas de monte. Saltaban por las ventanas, una tras la otra, agarradas del pelo. Los aullidos en ti eran un eco de garganta rota, tus ojos enrojecidos de tanto llorar, con las venas brotadas en la frente, los lunares rojos que dejaban el llanto en la cara y se demoraba en quitar. Mi mamá corría y no hacía más que gritar sin

poder separarlas, ella siempre se hacía de parte de la hija mayor que era Beatriz, tú eras de las medianas y poco o casi nada podías competir con ese amor de las dos que parecían un solo ser. El único que logró calmar la furia, por su fuerza superior, era nuestro padre, entrenado como policía y curtido en peleas callejeras. Las logró separar y era el único capaz de aquietar el odio que les salía como chispas por los ojos. Les decía: “no más, ya basta”.

Ambas permanecían quietas con los labios morados y medio abiertos, la respiración jadeante y la rabia contenida, era una rabia añeja, ese tener que convivir con alguien a fuerza de la costumbre, por mera condición biológica, era una sentencia ¿cuál amor de sangre? El odio salía por todos lados y se quedaba en el aire, el campanazo del primer ring advertía que la pelea cuerpo a cuerpo no había terminado, que, como un cable pelado, la descarga eléctrica llegaría en cualquier momento con la amenaza de quemarlo todo y esfumar las frágiles y buenas intenciones. Ese amor entre las hermanas de infancia parecía haber comenzado mal, solo algunos destellos traían el amor, la cogida de manos, la sonrisa ante el fotógrafo, los juegos y algunas armonías pasajeras, pero el amor se fue torciendo por los descuidos, por las ausencias de un amor cultivado, porque nunca se construyó un nido donde imperara el respeto, la confianza, el calor para anteponerse a las desgracias, incluso a la mayor de las desventuras, no saber amarse.

Poderes de la mente

Nació niña y se quedó así para siempre. Nunca ha estado sola en su vida y le teme a la oscuridad. Con más de nueve partos naturales, un sinnúmero de hospitalizaciones psiquiátricas y cientos de personas que acudían ansiosas a sus premoniciones, Reina se ha quedado casi quieta en la silla de la sala, de vez en cuando acude al presente y le da palmadas que se quedan en el aire como llamándose la atención a sí misma. El consultorio es ahora una mesa de planchar arrumada con una cama para huéspedes. En la repisa los objetos en otros tiempo recién comprados y relucientes, de vez en cuando se limpian, como intentando hacer nítido lo que ha quedado en la bruma, como mordido por el tiempo y el olvido.

Treinta años antes, a mediados de los años ochenta, el teléfono gris de disco no paraba de sonar. Desde muy temprano comenzaban a llamar para separar las citas para los martes y los viernes, días en que, según la pitonisa, las cartas se leían mejor y salía más de lo que se quiere saber.

Desde las siete de la mañana iniciaban las extenuantes jornadas que terminaban a la media noche. Un dolor de cuello quedaba después de tanto trabajar y haber usado los “poderes de la mente”, que decías, solo podías calmar con cristales de penca muy calientes en la espalda y las rodajas de papa recién cortada, sostenidas por un pañuelo blanco y amarrado a la cabeza.

El tarot para las clientas se ha convertido en una necesidad, el mundo no se mueve sin los consejos de la adivina. Llegan e invaden los rincones de la casa, aún de madrugada se topan con la salida del papá, policía de tránsito de uniforme limpio y arma al cinto; los quehaceres domésticos y la salida a trabajar de los hijos mayores, entre los afanes de los pequeños que deben llegar a la escuela. En la sala siempre hay extraños y hay que tener tinto hecho y revistas para leer y distraer las horas sobre la mesa de la sala, para entretener la espera.

La mayoría de los días de la semana la casa está llena de “clientas”, solo algunos hombres piden cita y se atreven a ir para que les lean el futuro. Hay mujeres sentadas en la sala, en el comedor, en las camas, en las sillas pequeñas de cuero de la cocina. Hay días en que hasta treinta personas pueden coincidir, cada lectura del tarot alcanza hasta los 60 minutos. Al salir, algunas caras se muestran alegres y muchas preocupadas por lo dicho por la pitonisa.

Dice Reina que a las cartas se le puede adicionar los baños para la suerte y es recomendable hacerlo los martes y los viernes. Se cocinan siete ramas para la suerte: ruda, albahaca, hierbabuena, limoncillo, botón de oro, romero y eucalipto, cocinadas juntas y llevadas al toque final de la pócima con miel de abeja y citronela. Se deben utilizar, repite ella, por nueve días consecutivos en el cuerpo, solo del cuello para abajo, con los ojos cerrados y repitiendo la frase “Jesús de Nazaret, así como entraste a Jerusalén a sacar el mal y entrar el bien, te pido que entres a mi cuerpo, saques el mal y entres el bien”.

Para las primeras citas aparecen las mujeres, las amantes de los nuevos ricos que peligraban y muchas veces coincidían con las esposas, sin ni siquiera saber del mismo hombre: “Recuerdo que llegó una clienta con su mejor amiga, y ambas querían entrar y leerse juntas las cartas. Yo noté algo raro en la lectura y le pedí a una de ellas que saliera, y a la que se quedó le dije: vos estás saliendo con el esposo de ella, y lo más grave es que ese hombre se te va a morir estando con vos, y todos se van a dar cuenta”. Efectivamente, el hombre murió estando con ella en un motel en las afueras de Medellín y aunque alcanzó a llevarlo al hospital y murió, sin resistirse a la pena de haberlo perdido, se fue para el entierro y en medio de los hijos y la esposa del difunto, confesó su amor entre llantos y gritos. Hubo pelea, estrujones, jalones de pelo y hasta disparos al aire. Ella alcanzó a huir y se salvó de milagro.

Mujeres como ésa llegaban todos los días y con ellas, aquellas que se disputaban un lugar entre los hombres y su poder rapaz y sanguinario. Elvia Cano, por ejemplo, era de aspecto varonil, voz recia, ademanes masculinos y corte de hombre. Manejaba gran parte de los negocios, daba órdenes y parecía siempre enojada. Un día llamó a Reina a contarle que había soñado que su cabeza era una cáscara de huevo que chocaba contra una pared. Amenazada, por ir más allá de los límites, se encerró en su apartamento en El Poblado por muchos días y se dedicó a fumar. Una tarde decidió salir y tomar un poco de aire en el corredor del edificio, sin darse cuenta que varios hombres la esperaban, la tomaron del cuello y se la llevaron para el garaje del edificio donde le dispararon directo en su cabeza.

Esas clientas patronas, las que tenían negocios por su cuenta, que daban órdenes y eran truculentas como los hombres curtidos en el rol de la trampa, fueron cayendo una a una. Ese efecto dominó redujo los ingresos de la pitonisa, que luego se equilibraron con la llegada de otras mujeres, “las de cuna”, que buscaban sus lecturas por la fama que ostentaba. Los carros lujosos duraban estacionados en la acera de la casa, en el barrio Manrique. Las calles estaban sin asfaltar, las casas eran despintadas, no había árboles y se respiraba una ambigua tranquilidad.

Las preferidas

Reina tenía preferidas. Dos eran de cuna, se les notaba por sus maneras, sus ropas y su trato; una matrona elegante con dos hijos narcotraficantes y una tan extraña como bandida.

Elisa frecuentaba la casa una vez a la semana, siempre llegaba alegre y con olor a canela. Era una mujer alta, de ojos grandes y expresivos, de trato amable, era una de las consultantes más constantes y nuestra madre había alcanzado a desarrollar una buena amistad. Elisa era una revelación en la moda y sabía mucho del cuidado de la piel, de trucos de belleza y de cuantos *tips* existían para verse y mantenerse bien. Elisa no usaba ropa interior y lo hacía evidente con sus batas vaporosas y sus faldas traslúcidas. Fue una de las primeras personas en abrir un centro de estética en El Poblado de Medellín, un barrio catalogado como “de los ricos”. Vivía con sus dos hijos pequeños en una casa finca. Allí había árboles de totumos, mangos y nísperos, el césped de un verde intenso y bien cuidado, color exótico para quienes vivíamos en barrios sin vegetación y ladrillo pelado a la vista. Allí, muchas mujeres de clase alta probaron por primera vez las bondades del baño turco, las cremas para la cara y los masajes corporales, también de las dietas estrictas para no engordar y de los alimentos saludables. A los niños nos daban rodajas de pan negro insípido con miel de abeja, queso sin grasa y jugo de naranja. A veces, agua de cáscaras de piña, que permanecía helada en las garras de las neveras.

Elisa casi siempre llevaba su cabello suelto y desordenado, era una llamarada rojiza y abundante. Una vez, Reina la esperaba para la cita cumplida de los martes y ese día no paró de llover. Se apareció en la puerta, con una sonrisa plena y el exquisito perfume que la distinguía, sus pulseras que le sonaban en las manos, en la puerta, antes de entrar y su voz dulce y alegre. Llegó con la cabeza rapada diciendo que era la última tendencia en el mundo, que eso permitía un canal entre el universo y su cuerpo como vínculo purificador de energías. El escándalo de ver una mujer con su cabeza rapada por voluntad propia, no era fácil, era el año 1979 y apenas las mujeres se atrevían a ciertas cosas. Esa mañana Elisa llegó eufórica, con ganas de saltar y darle besos a todo el mundo, invitó a los hijos de Reina a bañarse, desnudos en el patio. Se mojaron en el chorro de agua fría que caía por el tubo desde la

terraza. Pasaron saltando y cantando. Mis hermanos la miraban mientras ella cantaba y los tomaba de la mano mientras saltaba. La liberación femenina entró en cueros y sin aspavientos a la casa y tuvo su primera fiesta en el patio y en mi cabeza. Elisa alguna vez fue vista por mis hermanos mayores en el Parque Bolívar vendiendo artesanías, habían pasado más de veinte años, cuando decían que se había tenido que ir de la ciudad por una quiebra económica. Allá estaba sentada en posición de loto con un vestido largo y un inmenso sombrero, sonriente todavía y pobre.

María V. fue una cantante que se quedó a vivir algunos meses. De niños la veíamos en pijamas con sus senos enormes, su pelo largo y muy negro. Salía del primer cuarto de uno de mis hermanos, cantando. No tenía nada de malo que un hombre durmiera con una mujer mayor y sin casarse, por el contrario, era de aplaudir semejante hombría. La aprobación era tácita y estaba respaldada por la máxima autoridad de la familia, mis padres. Su torso era más grande que sus caderas, su piel era blanca y bien cuidada, se sentaba en el comedor mientras servían el desayuno con sus labios pintados, aunque fuera de mañana. Verla era tener clases de glamour y sentir la liberación sexual para quienes apenas llegábamos a la adolescencia, cantaba corridos mexicanos y le gustaba mucho entonar la canción “María de los guardias”, que interpretada como la reconocida Elenita Vargas.

Poseía cierto aire de esas actrices famosas de las películas mexicanas. Muchas veces la vi en blanco y negro, como un personaje fugado de una historia de amor. Un día se fue y no se supo más de ella, ni mi padre, ni mi madre, ni mi hermano, volvieron a mencionarla, nunca supimos por qué se acabó el romance, dicen que estafó a dos miembros de la casa, les hizo firmar un cheque con la promesa de un jugoso negocio y se fue. La película de amor con pecados duró pocos meses y tuvo fecha de vencimiento.

Doña Lía, no solo nos cambió la vida, además de darnos ropa y comida, nos enseñó de los buenos tratos y de la amabilidad que se lleva en la sangre, de la pulcritud que se percibe cuando el dinero es bien habido. Nuestra madre llegaba con bultos de ropa que ella le regalaba, ropa fina que ya no usaban sus hijos y que consideraban vieja y mala, también

llegaba con una canasta de plástico llena de carne a punto de regarse. Siempre decía: “Doña Lía tan buena conmigo, no deja de darme comida para calmar el hambre de mis hijos”.

La ropa está dispersa encima de la cama, es una montaña que desaparece en segundos, mis hermanas mayores se rifan las mejores prendas y siempre hay quien selecciona y decide qué les dejaba a los otros. Doña Lía era una señora elegante, amable y respetuosa, era la esposa del gerente del Banco Industrial Antioqueño, vivía en una mansión en Laureles con antejardines, dos garajes, tres pisos, escaleras interiores en forma de caracol, *shut* de basuras y un malacate en la cocina para subir y bajar los alimentos que preparaba Tulia, la empleada del servicio. Gritaban su nombre varias veces, Doña Lía tenía cinco hijos, y cada uno tenía cuarto y muchos lujos: “Tulia, tráeme una coca cola helada, Tulia hazme unas papitas fritas con salchichas ¡Tulia! ¡Tuliaaaa!”. Y ella con su uniforme y en silencio iba y venía por todos los rincones de la mansión.

Algunos de nosotros acompañábamos a nuestra madre a los domicilios en la lectura de tarot que demoraba todo un día (también debía ayudar a limpiar pisos y arreglar cuartos). Recuerdo que la esperé por horas en una salita de persianas grandes que daba a un balcón lleno de flores. Era el *mezanine* con televisión, betamax, tocadiscos, porcelanas finas. Me senté en una silla de cuero y sentí que me tragaba. Esperé a mi madre largo tiempo, hasta que la sentí acercarse mediante el sonido de los tacones. Salía de uno de los corredores del segundo piso de la inmensa casa, diciéndole a uno de los hijos de Doña Lía: “va a ver cómo saldrán de bien las cosas...y yo me voy antes de que llueva”. Cogimos un taxi que fue devolviendo el paisaje de donde veníamos. La envidia de un lugar así para vivir era pasajera y se me quitaba mientras llegamos al barrio, a la monotonía de la casa, a nuestra casa, pero era nuestra vida al fin. Doña Lía murió en su casa y la noticia mantuvo a nuestra madre en silencio y con lágrimas. Había perdido a una de las mujeres más generosas de su vida y nosotros también, al hada madrina de la familia.

Amparo Vanegas, inundaba cualquier lugar con su presencia. Era una mujer alta, muy gruesa y con ademanes finos. Sus hijos estaban entrenados en las leyes del narcotráfico, eran amables pero distantes cuando llegaban a la casa de Manrique. Se quedaban en la sala como

maniqués y hacían evidente quiénes tenían dinero y quiénes no. Acudían madre e hijos a la lectura del tarot, los baños para la suerte y los consejos de Reina. No faltaban, al menos una vez a la semana. Cuando ellos llegaban a la casa, lo llenaban todo con su presencia y tono de asuntos importantes. Con sus voces llenaban la atmósfera y nuestras vidas en la casa del barrio se ponían pequeñas; nuestras vidas resultaban ser insignificantes a su lado, ante sus preocupaciones como el envío de una mercancía que luego se convertiría en dólares, de las haciendas que comprarían en las costas de Europa, en los viajes al exterior. Sus vidas brillaban en los relojes finos, en las gargantillas de oro, en la chequera. Sus vidas iban veloces, devoradoras, mientras las nuestras transcurrían en las luchas para pagar las cuentas del mercado que debíamos al dueño del granero Posada, en el cruce de la 84 con la 45a, que no quería darnos más tiempo para pagar. La casa de numerosos habitantes se ponía de fiesta los fines de semana y la música salsa se oía desde temprano y en las noches no faltaba el aguardiente y los borrachos.

La noticia de que Amparo Vanegas había muerto nos impactó mucho. El exceso de vanidad la mató antes de cumplir los 60 años. Se quiso cambiar el cuerpo por completo, ponerse tetas y nalgas, estirarse las arrugas de la cara, además de una operación de abdomen bastante riesgosa. Mi madre le había dicho que no se operara, días antes le contó de un sueño con un toro que se le comía el estómago. Luego del entierro, los hijos decidieron cerrar para siempre el closet de ropa que medía cuatro por cuatro metros, y allí los cavanos, los zapatos traídos del exterior, las carteras de cuero...todo se fue deshilachando hasta quedar hecho polvo. Los hijos no permitieron regalar ni una aguja.

La prueba reina

Un olor extraño invade la casa cuando las mujeres en tacones desfilan con su ropa fina y perfumada: son altas, garbosas, de cabellos largos y bien cuidados, delgadas, bellas, sin defectos de fábrica, “huelen a rico”, son las consultantes y han quedado atrapadas por la calidez de esa mujer a quien admiran y halagan. Son asiduas, llegan porque su esposo las abandonó y las dejó sin brillo; son divorciadas reincidentes o engañadas y quieren corroborar

la traición de un amor. Llegan en su carro último modelo Renault cuatro o en camionetas, casi ninguna trabaja y la mayoría ostenta una buena vida y parecen vivir para cuidarse.

El pequeño buda color negro está sobre la mesa, la luz aún es tenue en la mañana y entra por la ventana del último cuarto en segundo piso de la casa. La vista da al occidente de Medellín y abajo se ve el solar y el dosel del palo de mango.

Ella se ha levantado muy temprano para recibir la primera cita del día. Antes había pasado pacientemente el algodón humedecido con alcohol por las cartas del tarot egipcio, se cerciora de que las imágenes de los 22 arcanos mayores y 56 menores queden limpias. Todo está dispuesto: la cama matrimonial que ocupa solitaria en las noches da a un escritorio, con fotos familiares y frases de Desiderata, San Marco de León y San Antonio –el que hace volver los novios–; estampas religiosas y coloridas se han pegado a la madera debajo la superficie del vidrio. El buda está sobre un cenicero redondo de plata y está lleno de monedas y billetes enroscados en su base; a un lado, la virgen del Carmen con un niño en brazos iluminada con velones amarillos y blancos. En el dintel de la puerta, colgada, una penca robusta con varias cintas rojas y verdes, amarrada a una herradura, es el amuleto más visible en la entrada del cuarto.

Los diplomas de parapsicología, los inciensos, las velas, las siete ramas de la suerte perfumadas con rosas y manzanas, así como las campanas traídas de Indonesia, dan crédito del oficio que ha venido haciendo durante toda su vida. De niña, dice que soñaba con adivinar el futuro de la gente, cumplidos los 17 años y con dos hijos pequeños a bordo y en un tercer embarazo, que sería mujer, aprendió a leer la baraja española, el cigarrillo y las líneas de la mano de una gitana llamada Elisa Duarte, vecina de su casa en Dabeiba, Antioquia. Se hizo a pulso en la cartomancia, hasta el día en que llegó el primer tarot egipcio a sus manos.

En el parto, a su madre le pusieron los santos óleos, peligraba su vida y la de la niña de ocho meses, que venía de nalgas. La partera, la madrugada del 7 de diciembre de 1938 –con la luz de una vela– recibió a Reina Mejía, la única hija mujer de Sofía Mejía y de un padre que nunca conoció. Recuerda que le contaron que él había salido de viaje por una larga trocha,

fueron tres días a caballo para ir a verla, a encontrarse con su hija por primera vez. Dicen, que en el camino se comió una lata de sardina con fecha vencida y que al rato murió. “Soy hija natural”, lo repite con tristeza. Luis Eduardo Salazar, su padre, era un hombre rico, con poder. Era alto, blanco y de ojos claros, que le dejó unas casas como herencia que le fueron arrebatadas por unas tías, quienes luego vieron cómo se esfumó la ambición de sus manos: la inundación en Guadalupe, Antioquia, se llevó las casas y la herencia quedó hecha agua.

Reina a los dieciséis años se enamoró de un muchacho de barrio, que luego ingresaría a la policía de tránsito mediante un certificado de adhesión al Partido Conservador, siendo liberal hasta los tuétanos. Los hijos vinieron, uno tras otro, nueve en total, pasando así gran parte de su vida embarazada: “Hubiera tenido 20, 30 hijos si hubiera podido. Estar embarazada era para mí la felicidad más grande del mundo”. A los 72 todavía su voz era dulce y no había perdido el brillo ni se había desgastado con los años: “Yo era maestra de escuela, estudié pedagogía hasta segundo de primaria en la escuela La Modelo, que quedaba por la avenida Bolívar, cerca al Hospital San Vicente, antes se llamaba la escuela Pedro Pablo Betancur. Me daban clases de geometría, taquigrafía y ciencias naturales. Tenía doce años y me encantaba estudiar; lo que más me gustaba era la historia patria, era muy mala para el dibujo. Recién casada, mi esposo se enfermó y no podía trabajar y yo dije: ‘voy a poner un kínder para que me entre algo de plata. En la sala de la casa en Campo Valdés improvisé un kínder y todos los días recibía a los niños, les cantaba canciones y les enseñaba las vocales y refranes; algunas veces les hacía pequeños castigos con dos piedras en las manos y se las hacía levantar hasta que se cansaran, pero ellos me querían. También les decía refranes como: con j se escribe tejemaneje, no se apendeje, deje de joder, Julio Mejía con sus hijitos y su herejía y su mujer; con z se escribe azar y vergüenza, bizcocho, durazno, azafrán...”.

La torre en llamas

—¿Cómo estás, Reina? —le dijo Alonso Salazar.

La mañana inicia tras un tinto y algunas palabras. La visita fue creciendo en curiosidad, el futuro político del consultante pendía de un hilo por un juicio disciplinario del procurador de

turno, el temido señor Alejandro Ordóñez. Sin escoltas, el exalcalde de Medellín y biógrafo de Pablo Escobar se sentó frente Reina, separados por un escritorio y el fajo de cartas coloridas en el centro. Con sus manos blancas y las uñas pintadas de rojo, el tarot egipcio fue revelando una a una las imágenes, como si de una pintura se tratara. “Por su suerte, su porvenir, quién lo piensa y con quién triunfa... a su derecha...”. Allí estaban la torre encendida en llamas, la parca en primer plano y una noche estrellada con perros aullando, la carta de los enemigos ocultos, fueron señaladas con el dedo índice de la adivina que abrió sus ojos y luego entre suspiros, gestos contrariados y énfasis en el tono, le dijo:

—Bueno, doctor...

—No me digas doctor, Reina.

—Es que no sé decirle de otra manera, y usted sí que es un doctor. ¡Usted tiene muchos enemigos, pero muchos! Una persona muy poderosa, mire aquí la carta del Emperador, lo quiere es aniquilar, pero no se preocupe, todo saldrá adelante. Lo que se viene para usted es mejor que lo que está sucediendo ahora y las cosas estarán bien, mire aquí el sol venciendo el peligro y usted saliendo adelante de todos los obstáculos. A usted no le va a pasar nada, esté tranquilo.

A los tres días del encuentro inhabilitaron por quince años al exalcalde. En una llamada por teléfono llegó el reclamo.

—Oye, Reina, ¿no dijiste pues que a él no le iba a pasar nada?, le dieron inhabilidad.

—¿Y qué es inhabilidad? Yo no sé qué es eso y además en el tarot eso no sale. Yo estoy segura de que todo saldrá bien y que no tiene de qué preocuparse.

Al cabo de dos años, en el 2014, una decisión del Consejo de Estado retrocedió aquello que parecía irreversible, el exalcalde de Medellín restauró su dignidad y quedó exonerado de toda culpa.

Por azares de la vida, esa mujer que le pronosticó la suerte al biógrafo de Pablo Escobar, era la misma que treinta años antes le vaticinara el destino al famoso narcotraficante. Llegó a la casa de ese hombre, que en los inicios se ganaba la vida vendiendo chance y le dijo: “Usted va a tener muchísima plata, hasta para tirar para arriba, pero ese dinero será su muerte, su perdición”. La carta de la fortuna, que significa riqueza, salió al lado de la torre, una de las cartas más temidas. En esos momentos Pablo Escobar no le creyó.

La tía, como la bautizó para despistar a los curiosos, terminó frecuentando muchas veces al capo. Se encontraban en hoteles, en casas de amigos, en restaurantes, en fincas. “Un día envió una persona que me sacó a empujones de un velorio, diciéndome que él me había mandado a llamar, que debíamos salir”, cuenta Reina, “a la hora hubo una balacera tremenda y mataron a mucha gente, sin respetar siquiera al muerto en mitad de la sala”.

La consultaba y le hacía caso para moverse y actuar. Un día, estando en la hacienda Nápoles –esa pequeña África hecha al capricho–, Pablo Escobar le preguntó por teléfono por su seguridad y ella le dijo que debía salir, que los limosneros –como les decían en clave a los policías– lo iban a coger. Inmediatamente atendió la advertencia, huyó por el río y se resguardó en Medellín.

“Recuerdo que a Pablo le encantaban las mujeres, sobre todo las jovencitas. Era muy generoso y muy humano, yo creo que la gente lo volvió malo. Muchos lo traicionaron y se robaron las rutas del negocio (...) Recuerdo que Wendy, una novia joven y muy hermosa que Pablo tenía, estuvo en mi casa y me dijo: ‘Estoy saliendo con un guardaespaldas de Pablo; me tiene loca y estoy muy enamorada’. Yo le dije: ‘No te pongas en esas, recuerda que Pablo es muy celoso, tanto de sus rutas como de sus mujeres, aquí sale que te va a pillar, que se dará cuenta de todo’. A los meses Wendy fue hallada en las afueras de la ciudad y en la maleta de un carro, sin vida, al lado de su amante”.

Reina de copas

Sigue siendo una mujer festiva. Cuando cumplió las bodas de plata con su esposo, el policía de tránsito, hizo una fiesta que paralizó la cuadra del barrio Manrique, donde vivió por más

de cuarenta años, al lado de vecinos que sobrevivían sorteando las penas y la escasez. Ese 7 de diciembre de 1979 se maquilló los ojos de un negro profundo, se pintó el rostro, se arregló el pelo con bucles y estrenó vestido. En sus tacones de madera con flores talladas, embriagada y con un furor no acostumbrado en la sangre, ante el nítido sonar de un bandoneón, se transformó en una mujer salvaje: lanzó los tacones a la calle y en un ademán de conquista cogió a su esposo de parejo y lo arrastró hasta el centro de la sala. Los aplausos y los gritos de alegría formaron la ronda ante la espontánea pareja, que tenía en la memoria de sus cuerpos los pasos de la milonga argentina. El tango les llegaba eléctrico con sus sonidos del fin del mundo, con su música capaz de retar la nostalgia de cualquier alma en soledad. Él, con su sombrero gardeliano recién comprado, al igual que su traje safari color mostaza, la camisa medio abierta y el gesto de un hombre seductor, daba la pauta con sus primeros pasos, los zapatos de charol blanco se movían armoniosamente sobre la baldosa de mármol. Discretos y en zigzag se unía los pasos, ella en medias veladas dejaba ver sus tobillos gordos y sus uñas rojas. Terminaban sudando, entrelazados, como un imán de cuerpos, con sus rostros muy juntos, mientras él hacía el esfuerzo por sostenerla. Era un solo cuerpo rodeado de aplausos, de admiración, de bulla colectiva, hasta que ebrios y a punto de caerse, él hacía un gesto de renuncia al show y se iba retirando lentamente con una enorme carcajada y un gesto de derrota, al decir: “no puedo con ésta”. Era una de las partes más emocionantes de la fiesta, el tiempo se detenía y estábamos para ver a la pareja de enamorados bailando tango, rodeados por un círculo de ojos.

La mirada de Reina es juguetona, sus gestos conservan la vitalidad de una infancia añeja. Con las dolencias en su rodilla después de una prótesis mal hecha, no se deja bajar de pinta: se maquilla el rostro, se arregla el pelo y por lo general es tinturado de rubio; usa ropa fina, lleva siempre las uñas arregladas y sandalias brillantes. Ahora se mueve con dificultad y su caminar es lento. Basta encontrarla tomando café con leche en la sala de su casa, vestida con una manta guajira, para ver a la matrona poderosa que sostiene el bastón y que mira con inocencia el paso de los días. Algunas clientas todavía la visitan, no falta quién la llama para dar un paso en sus asuntos más íntimos o pedirle un consejo sobre un negocio.

Tiene la capacidad de reírse de todo y de todos, y de sacarle chistes hasta a su propia fatalidad, como aquel día que se leyó las cartas con un amigo de confianza y vio cómo iban apareciendo la Torre en llamas y la Reina de Espadas, que en el tarot significaban un peligro inminente. Con estupor le dijo al hombre de estatura media, piel blanca y ojos pequeños: “qué extraño, veo que me van a secuestrar y la persona que está detrás de todo eres tú, ¡no puede ser! vas a ayudar para que me amarren, a que me secuestren”. Efectivamente, a los pocos días fue sacada de su casa en Belén con la disculpa de un domicilio para hacer unos riegos, los llamados baños de la suerte que ella siempre ha sabido preparar con las nueve ramas y que eran muy efectivos. Se la llevaron supuestamente para el negocio en Las Palmas, que estaba salado, y necesitaban volver a abrir para que fuera llegando clientela. Cinco días permaneció perdida, nosotros no supimos nada de ella en ese tiempo, aunque se hicieran todos los esfuerzos por localizarla. Fue dejada en la portería de su casa. Llegó desubicada, con estragos del pánico, la mirada extraviada y la salud deteriorada. Tuvo que ser hospitalizada de inmediato por seis meses largos. Le costó bastante volver a la cotidianidad, pero fue espantando miedos y retomando la confianza en ella y los demás.

La mujer que de niña se obsesionó con adivinar el futuro, diciéndoles a las personas cómo hacer una mejor vida y que ha tenido enfrente empresarios, curas, futbolistas, cantantes, monjas, prostitutas, narcotraficantes o periodistas, tiene la fuerza de decir las verdades más ocultas. El tarot no es el único medio por el que habla del devenir y la suerte de las personas. Su intuición revela lo que no se atreve a decir sin “permiso de los dioses”, verla estar frente a una especie de revelación es como sostener una conversación con una Casandra griega en Colombia.

Dos fracasos

Mi padre se enamoró de ella con solo verla. Su piel blanca, sus caderas anchas, su pelo negro. Era muy bonita, decía. Ella le profesaba un respeto inmenso y nos hacía temerle al decir que le contaría nuestras maldades. Ella intentaba mantener la figura resguardada del padre al que hay que acatar. Él era el rey de la familia, pero lentamente ese trono se fue desmoronando. Mi madre, por su trabajo, hacía más plata: leía cartas, fumaba tabaco, daba consejos y hacía

“baños” para la suerte. Las clientas la consentían y hasta le regalaban plata. Los hombres de poder le ofrecían viajes. Recuerdo que muchas veces se fue de paseo a los hoteles propiedad del narcotraficante Evaristo Porras Ardila en Leticia y en San Andrés. Fueron tan cercanos que ella se fue a vivir a una casa y luego a un penthouse suyos en El Poblado, donde pasó tres años entre lujos y ademanes de una clase a la cual no pertenecía.

Mi madre tenía días de una rabia inmensa con mi padre, le gritaba en la cara que tenía otra mujer y que era mediocre sexualmente, no desaprovechaba momento para mostrarle su superioridad económica. Reina tenía el vicio de gastar y gastar en fiestas, en chances, en ropa, en cosas innecesarias. Mi papá le decía que era demasiado inconsciente para vivir y que no sembraba nada para la vejez. Recuerdo una mañana en que las cosas se pusieron feas entre ellos y mi mamá le aruñó la cara. Óscar se puso pálido y solo alcanzó a quitársela de encima. Con la ropa en la calle, le gritó que se fuera, que él tenía amante, que no volviera. Desde ese momento la distancia entre ellos fue irredimible y no volvimos a verlos bailar juntos en las fiestas, ni a reír por un chiste, ni a contarse las cosas del día. Cuando sonaba “La cumparsita” ya no había gestos de cariño.

Un diciembre Reina se ganó tres chances seguidos y con ese dinero hizo la casa del segundo piso, donde nos fuimos a vivir las menores: Liliana y yo. En el primer piso, la casa paterna, se pasaron a vivir Piedad y Alejandro. Los demás hermanos se habían casado o resuelto la vida de otra manera. Ellos estaban separados de cuerpo y techo. Dos pisos pegados, pero separadas, mi padre en el primero y mi madre en el segundo. Una escena se repetía toda la semana: mi papá sentado solo en la sala de su casa y mi mamá mandándole comida. Mi madre siempre pagó por tener una señora para ayudar en los quehaceres domésticos, aunque a veces se metía a la cocina los sábados para hacer sudado, su receta más fina, pero solo ésa. Una de las cosas que más hirió a mi papá fue que mi mamá lo llevara ante un juez para firmar el divorcio. Nada lo hirió más, tanto que se le fue enconando un silencio, una manera tan despectiva de ser con ella, un callarse cada vez que se la mencionaban, aunque su dureza se desvanecía cuando la sentía enferma o cuando había que hospitalizarla por una enfermedad o crisis siquiátrica.

Quizá lo único que los seguía uniendo era el tango que se filtraba por las ventanas al segundo piso. Mi padre ponía duro Alfredo de Angelis, Óscar la Roca, Jorge Valdez y la orquesta típica de Juan D'Arienzo. Los tangos estaban y estuvieron siempre con sus dedicatorias mutuas como “Dos fracasos” de Homero Expósito: “Me sorprendí cuando te hallé como un dolor, sin palabras, la voz mareada de copas se me anudó en la garganta. Quise gritar, pero pa' qué si al fin yo estoy igual. Sueños que gastamos conversando cuando nos hablábamos de amor. Horas que ya están en el olvido, sensación de haber perdido la esperanza en el adiós. Rabia de sabernos tan cambiados, miedo de gritar esta verdad. Somos dos fracasos que se amaron y partieron y olvidaron y hoy se miran asombrados de morder la realidad”.

Antes, cuando celebrábamos el día del padre, la casa se llenaba de cierta expectativa: los pies del padre se crecían, sus pasos por la casa se oían más nítidos, el periódico que cogía y leía con ansia era una manta extensa de letras e imágenes. Los almuerzos se preparaban diferentes. La olla pitadora anunciaba que la casa estaba en armonía, que ese día no había cuentas ni males por los que preocuparse, porque mientras exista el amor, la comida no falta. Los regalos le gustaban: abría con ansia los estuches en los que venía la máquina de afeitar, con cepillo de malta, la espuma olorosa. La máquina era de madera, con aspecto antiguo (yo intuía que le gustaría): le encantaban los objetos delicados, se quedaba mirándolos, reparaba en su marca, en su fabricación y leyendas de origen. El corrillo no daba espera: verlo lleno de ansiedad al destapar los regalos –era como un niño haciéndolo–, nada lo hacía más feliz que abrir los empaques y descubrir su interior.

Ahora, separados, las celebraciones son más apagadas, el encuentro termina temprano, una vez almorzamos y, como ya no vivimos juntos, Óscar cogió una bolsa negra de basura de la casa de nuestra madre, empacó los regalos y se fue solo por la acera hasta la calle. Se fue en un taxi y la tristeza de verlo ir tan solo, como un expulsado, se apoderó de todos nosotros y un arrepentimiento de no haberlo acompañado. Merecías dormir y levantarte acompañado, merecías estar tranquilo. Entendí que el verdadero regalo éramos nosotros, la calidez de la compañía, aunque siempre decías “no quiero ser carga para nadie”, insistías que estar solo era tu elección, viviste en tu ley, sin molestar a nadie, incluso en la hora de la muerte.

El último camaján de Manrique

La camisa de trazos púrpura abierta casi hasta el ombligo, el pecho al aire como en los años mozos, los zapatos coloridos, el sombrero gardeliano, infaltable, el pantalón de tela fina, bien planchado. Antes, se mira al espejo, se revisa las patillas, se acaricia el mentón y sale a la calle.

Las puertas del bar Alaska, en ese cruce de caminos en la cuarenta cinco de Manrique, están abiertas desde temprano, se dan cita desempleados y jubilados. En una esquina un anciano fuma y mira de reajo mientras los jugadores son el centro en las mesas de felpa verde, que lucen impecables como las esferas de billar. Los palos huelen a tiza, el lugar sabe a tango, a cascos de naranja y mango biche. El lugar embriaga con sus copas de aguardiente recién servidas, al igual que los tintos de greca en pocillos de loza. Él viene, se oye a una cuadra de distancia. Su carcajada hace eco y tiene aspecto de rey de la manada. Inicia la primera partida de la tarde, toma aire mientras su cuerpo se apresta al movimiento sobre la mesa de billar en el juego a tres bandas. Sus ojos revisan la jugada y tiene la destreza de un jugador curtido, acierta y levanta su mano con un puño triunfante, reta al adversario, diciéndole: “Le doy toda la ventaja que quiera: doscientos chicos si quiere, adelante”.

De su vida publiqué algo en el periódico *El Mundo* de Medellín, en el año 1997, titulado “Recuerdos de arrabal”. Joven prestó servicio militar en La Guajira y casi muere de paludismo, a no ser por los remedios que le envió su padre por medio de un encomendero. El tango lo atrapó desde muy niño: “Víctima de un accidente aéreo el cantautor argentino, Carlitos Gardel, falleció hoy veinticuatro de junio de 1935”. “El Apache” y “Potro que afloja el lomo”, canciones que merodean en el recuerdo: “nunca se llega a conocer el tango: mientras más inmerso se está en él, más ciego, más escurridizo es de uno. El tango es música de barrio, música de pobre, produce una nostalgia capaz de arrinconarnos”, me decía.

Como muchos de su generación optó por aprender el arte de la construcción, pegó uno a uno los ladrillos, como quien siembra y cuida una ilusión, fabricó ventanas, puertas, construyó casas para habitar y llevar con dignidad, aprendió de su padre “un arquitecto empírico”, la

magia de la construcción. Este hombre de familia humilde abrió sus ojos al mundo en 1930 y, al igual que sus contemporáneos, se vio obligado a trabajar desde niño.

Óscar era el cuarto de siete hijos, era un espécimen raro, decían, un valiente que no temía enfrentarse al padre y a sus castigos: una vez se peleó con su hermano, algo menor que él y fue obligado a llevar por repetidas veces unas piedras pesadas en el solar de la casa en Campo Valdés, donde vivía de niño. Su hermano no soportó el castigo y rompió en llanto, pidiendo perdón y arrodillándose. Él se mantuvo estoico, mirando fijo con su ceño fruncido y dicen que de rabia escapó y se unió a unos gamines del Pedrero (conocida como Plaza de Cisneros) cuando tenía once años. Se alimentaba de las sobras de los restaurantes y huía de golpes y madrazos, de las echadas de agua mientras intentaba dormir en las aceras. La Plaza de Cisneros era su casa, una extensa plaza sin techo y cuyo baño era la quebrada Santa Elena. “Nos pegábamos del tren que funcionaba con carbón, nos sujetábamos fuerte, casi veinte, y esquivábamos las tremendas chispas que soltaba; había que soportar el quemón en la nuca hasta llegar a la Estación Villa, hoy la Plaza Minorista, allí nos hacían bajar y nosotros seguíamos buscando qué comer y cómo gastar el día”.

Su uniforme de policía de tránsito era impecable, lo llevaba con orgullo. Cuando manejaba el bus o cuando le tocaba el turno de la grúa, cuidaba estos objetos materiales con alma de fetiche, los brillaba y limpiaba con devoción. Dicen que en una moto hacía piruetas peligrosas: se paraba en un solo pie, en la cabeza y asombraba a todo el mundo. Era fuerte, con mucha destreza y parecía no tenerle miedo a nada. Era frío y sin cálculo para la mayoría de las cosas. Decía: “lo que hay que hacer, hay que hacerlo sin ponerle mucha música”. Mataba gallinas de un solo tirón y con una técnica firme; una vez a un perro que se enfermó prefirió hacerle la eutanasia, con sus propias manos antes de que muriera de dolor, lo llevó al piso con una fuerza enorme, lo inmovilizó y luego con una barra de hierro le aprisionó el cuello hasta asfixiarlo. Se jubiló temprano, tenía 45 y solo algunas veces intentó trabajar de taxista.

La colección de discos de vinilo y los casetes de cinta, con un repertorio de autores y canciones que él mismo se encarga de marcar con su letra pulida y fina, decoran las paredes

de su cuarto que es la última pieza de la casa que él mismo construyó y que ahora solo él habita. Los domingos en la tarde se encuentra con sus amigos y se comparten las últimas novedades en tango árabe o chino o discuten si las mujeres saben o no cantar tango, con la excepción, dice él, de Mercedes Serrano, la mujer que le calló la boca a más de uno por su interpretación de “Nada más” con el maestro Juan D’Arienzo y su orquesta.

Por alguna esquina asoma el camaján de barrio con sus zapatos blancos, su camisa roja medio abierta, el pantalón café de cuadros y el sombrero marrón. Va por las calles del centro de Medellín y las mira extrañado, aunque se las sabe de memoria, como si supiera todo y a la vez nada de la ciudad que habita. La plaza es una laguna estancada y sucia en medio de los edificios, la plaza es un corrillo de vendedoras de tinto y lotería. Él es uno más al lado de una mujer semidesnuda que duerme envuelta en botellas vacías y basura. Es una ninfa del hambre, una escultura viva al lado de la estatua robusta de Fernando Botero, que también está llena de cicatrices y marcas de abandono.

La muerte lo encontró dormido, de lo contrario, se hubiera puesto a pelear con ella; la habría devuelto de un golpe, ese golpe con que venció a un loco que le cortó la mano de un machetazo, por el cual le hicieron un injerto de la propia piel. Llevó una marca oscura en la mano derecha y por eso el remoquete de “Mano negra”. Ese domingo estaba ahí, dormido, con las manos crispadas y el rostro frío. Una fila de señoras junto a él, rezaban. Algo decía que era un sueño pasajero, que iba a despertar para salir de nuevo por la puerta de la casa. Pero esta vez no. Salió derrotado e inmóvil, vencido. Se lo llevaron dentro de una bolsa de plástico negro.

El teléfono

Sin rencor en sus ojos, ni en los míos, la niña (madre) ahora en ese cuerpo del que salió el mío, en esa vejez que se ha convertido en mutuo lenguaje, en tedio. Ese momento en que parece que la vida se ha ido y poca es ya la que llevamos por dentro.

Cuando me preguntan qué recuerdo de niña con mi madre, veo a una señora recién bañada y muy bien arreglada frente a un escritorio con un fajo de cartas en sus manos. No la recuerdo

haciendo oficio en la casa o arreglándome para ir al colegio. Con ella en la casa siempre había la sensación de que nada faltaba, de que había bienestar, las ollas siempre estaban llenas de comida, alcanzaba para todos y más.

Varios días esquivando estar frente a ella, verla desplazarse lento hacia las cartas del tarot buscando un oráculo. Ella siempre tan certera para las malas noticias, infalible señalando una tragedia, un accidente o la muerte. Ése era el susto, más que la lectura sobre amores difíciles y lisonjas pasajeras, consejos sobre la vida laboral y una que otra traición tan común entre los humanos, estaba la necesidad buscar respuestas en lo que aún no había sucedido. Ella, se dice y se repite: la vida es en este momento, y es lo que vale, pero le asalta la curiosidad.

Las veo separadas por un escritorio en desuso en la segunda pieza de la casa, en las paredes algunos diplomas envejecidos, casi acabados, un cuadro con las cartas del tarot indígena, escaso. En la repisa, en un rincón, abandonada está la escultura de una virgen mexicana hecha en papel. Velones, piedras, estampas, objetos viejos. El diálogo acaba de comenzar y la cartomántica va hilando la lectura del tarot en un tono trivial: “Le marca la rueda de la fortuna, va recibir dinero con alegría. Juéguese un chancito. Hay una M deseando hablar con usted, ¿quién es esa M?”. La cabeza se le mueve como buscando a la persona por la inicial que menciona). Va repitiendo el abecedario hasta la Y, va diciendo los múltiples nombres que le salen con la primera letra mencionada. “Puede ser el apellido”, dice, y enfatiza: “está disgustado”.

La tarde se fue volviendo noche en medio de nombres, datos que llamaron la atención y situaciones que no valía la pena preguntar, era mejor salir con ánimos. Ella lee con precisión una cotidianidad que transcurre, nombra el acontecer donde uno más uno es dos. Las variables inmutables de la vida no tienen necesidad de nombrarse de otra forma: la vida, el amor, el dinero, la enfermedad y la muerte. Terminada la sesión, sale del cuarto, pasa a la sala.

—¿Te hago un café?

—Sí, pero con leche.

A ella le gusta mucho el café con leche, es lo que más le gusta tomar y parece quitarle las penas.

—¿Te dio por leer las cartas o querías hacer otra cosa en la vida?

—Profesora.

Cuando no había clientela que atender, se la pasaba en la cama, acostada con una cobija. Estar acostada era un alivio, como llegar a una barca serena. Le gusta mucho dormir, siempre duerme. Es una forma de refugiarse, como si algo siempre la invitara a estar calentándose los huesos, como si fuera un feto, como si ella misma fuera un vientre.

Ella se ha ido encogiendo, se ha vuelto pequeña y habla con cara de espanto. A veces mira como si estuviera perdida, como si no hubiera ninguna luz en el bosque oscuro de su soledad, aunque de repente surge una voz recia, una mujer erguida, con una capacidad de mirar y de observar. “No me mueve mi dios para quererte, el cielo que me tienes prometido, ni me mueve el infierno tan temido para dejar por eso de ofenderte. Tú me mueves, señor, muéveme el verte clavado en una cruz y escarnecido, muéveme ver tu cuerpo tan herido, muéveme tus afrentas y tu muerte. Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera que, aunque no hubiera cielo, yo te amara, y aunque no hubiera infierno, te temiera. No me tienes que dar porque te quiera, pues, aunque lo que espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera”. Aún con dolencias repite el soneto –dicen que es anónimo– al Cristo crucificado, también conocido por su verso inicial.

Ayer hizo chistes mientras se le obligaba a tomar la sopa. También se rio cuando jugaba con su hija a la enfermera: “Doña Reina: se debe tomar la sopa, por favor”. Ella con lucidez impresionante, lo que más ama es que la acompañen. Lo aprendimos cuando al lado de la tía Rocío nos acostamos y, en la cama, conversábamos y comíamos. Está asustada, cualquiera lo estaría al saber de una falla cardiaca en su organismo, pero eleva su voz y esa energía que solo ella posee. Durmió bien durante la noche. Me decía, por intervalos, ¿me acuesto? ¿Qué hago? (Le dije: ¡madre, estás en la cama!). En otro momento, como pronosticando las cosas, decía: “Tenga fe de que nos va a ir bien, vas a ver”.

Las enfermeras dicen que es una paciente dócil, que ayuda en todo y se deja llevar. Su presión seguía muy baja y por eso no le dieron Enalapril. Ahora sigue dormida en posición más cómoda, completamente acostada, mientras sus manos la abrazan como en la foto, cuando era niña con el moño azul en su cabeza y el vestido rosado. Ella es una niña de regreso a nuestras manos. Amaneció muy deprimida y cansada. Atraviesa una tormenta que deja sin fuerzas a cualquiera.

Ella que tanto amó la cama, la sufre como un soldado herido en su trinchera. Allí gravita con su mirada lejana, con sus ojos planetas sin órbita, con sus lunas detenidas. Sé que le gusta la música, la fiesta, pero ahora habita el frío y la vida solo trae el desprendimiento, la constatación de un viaje que termina. Los buenos días, la risa, su conversación se van callando. Su luz se va cerrando. Está tan quieta que la casa se ha vuelto fría sin sus pasos y como un fogón que se apaga nos ha llegado un frío extraño. Los saludos a los vecinos, las carcajadas, los chistes, los comentarios de las telenovelas, se han ido quedando en un cajón cerrado. Es tan poco lo que modula, lo que dice, que el teléfono se quedó suspendido y sus saludos y la ropa colorida que tanto amó ponerse, es una vitrina en desuso.

Quieta con sus pies sobre la cama, quieta como sus manos sobre su cuerpo acostado, con su alma perdida. Mi madre ahora es una cama inmensa en la eternidad. Los objetos se le están yendo de las manos, su cuerpo se le está yendo y las nubes en tormenta.

Qué bello sería verte de nuevo fumando tabaco en el patio, secretamente, sin que nadie en Manrique supiera de ti. Verte allí en medio de una enorme masa de humo chasqueando dedos, orando con fervor, invocando nombres de personas desconocidas, de fotos que te llevaban los consultantes, hombres desorientados, mujeres llorando por un amor maltrecho. Cuánto desearía que pidieras tomar un café. Verte bailar con tus novios, darle plata a la gente pobre del barrio e invitarlos a comer en la sala. Cuánto desearía que me cogieras del pelo, que me regañaras y clavaras tus uñas en mi cabeza, cuando hacía las travesuras de infancia, que me pidieras llenar las botellas de aguardiente vacías, a las que había que quitarles la marquilla con jabón y cepillo, con el líquido de “los baños” para la suerte, que hacías muy temprano

los martes. Los baños para la suerte con trementina y las siete ramas. Cuánto desearía te tomaras una garrafa de Baileys. Verte bailar y fumar cigarrillo con tus novios.

Tu piel en este mundo me acogió en la soledad, me hizo un nido de corazón solitario cuando la vida también se me iba. Tu calor madre, tu calor, la llama de tu corazón encendido aún en la piel de tus hijos. En sus ojos de niña, mis ojos. En su cuerpo, este cuerpo mío. Somos dos corazones que se hacen uno. Verla desfallecer es también mi desfallecimiento. Hasta en los sueños creo subir en espiral, desde el vientre, traspasar muros, elevarme con mis pies de aleta que agitan el aire y llegar hasta ella para devolverle la fuerza perdida, la luz que se agota en una camilla del hospital. Una ausencia se clava en mi interior. Sus pies, sus manos, su cuerpo amurallado. Mi madre es una inmensa sombra en la eternidad.

Rocío

Rocío, hablabas con dios y lo afirmabas con la certeza de quien lo conoce. En su nombre se llenaban tus palabras. Aunque tu cuerpo fue despojado de la carne y de sus fuerzas y la sombra del dolor te fue minando; y, aún, cuando tu salud no daba más, eras insistente en nombrarlo, en atraer su presencia.

La muerte vino y se llevó tu cuerpo, no ahorró en gastos, empacó tus huesos, los ojos expresivos de tu rostro, la sensualidad y amor que te vistió en la vida. La muerte no necesitó de tus pertenencias, ni de la peinilla que usabas, ni de los zapatos, los papeles, los pijamas y las maletas de viaje. Los objetos que amaste, eras su dueña, se volvieron entidades sin alma. Todo lo que antes movías y que tenían razón por ti, se fue quedando quieto como piezas de un museo. Tu voz ronquita de torbellino dulce se apagó. Sin exclamaciones no hubo más demandas del lenguaje. Las palabras que solo tú sabías usar y que se acomodaban de otra manera cuando las decías, eran solo una línea gris en el recuerdo: “Te quiero, no te pongas triste, piensa en lo feo y verás que no valió la pena”. Esas oraciones y las de tu dios, los regalos que traías a todos cuando venías de visita de los Estados Unidos, donde te fuiste a vivir hace tantos años. Ahora, en tu ausencia todo guarda un silencio que espanta. Nosotros, esos seres que tocabas con tu luz, a quienes calmabas con solo decir unas cuantas palabras,

con sólo sentarte al lado y mirar con esa dulzura tan característica, con esa capacidad de meterse en la piel del otro, nos hemos quedado solos. Eras cercana al dolor humano, conocías la fragilidad y te le hiciste pariente, contabas que alguna vez entraste por error a un velorio y te pusiste a llorar como si fueras la viuda. Todos se acercaban a abrazarte, pero al preguntarte, no fuiste capaz de mentir y les dijiste que te dolía su tristeza, que llorarías con ellos y que sentías lo mismo. Eso lo decías entre chistes y risas estridentes, tenías una risa tan bella que hacías volver a la familia ese calor que dan las historias y el recuerdo.

29 de enero de 2021: Me habló de la infancia dolorosa de su hermano y me pidió ir a verlo, estaba agonizando: “tienes que ir a verlo, prométemelo”. El amor no tardó en manifestarse y la advertencia de la tía se hizo ley.

6 de febrero de 2021: La Reina madre está débil, la noticia de la muerte del tío la tiene devastada, no logra restablecerse. La tía Rocío habla de lo tremendo que es y lo que representa para ella saberlo, se conduele. Solo clama por su salud. No fue necesario contarle que él había muerto, sabía, sintió intuitivamente cuando murió.

6 de octubre de 2021: Tía y yo hablamos por mensaje de WhatsApp, me dice que ha estado en las quimioterapias, que la han puesto muy mal, que no logra estar en sus cabales. Me dice que quiere escucharme (le hice un audio), le alegra el corazón. Me repite varias veces “te quiero mucho y también te tengo como una hija del alma”. Sé que esto que estamos viviendo, la muerte de tres tíos, de sus tres hermanos, es muy duro para todas. Rocío y Reina se han querido como hermanas, la ama entrañablemente, me dice.

Le digo: solo espero que la vida esté de nuestro lado. Tus dolores son los míos. Tu amor me ha acompañado desde niña y también fui testigo del afecto y del cuidado que prodigaste en acciones y en la vida con tus dos hermanos, dos gotas genéticas tan idénticas que hasta llegaron a amar a la misma mujer, y ella los amó a los dos como si se tratara de un solo hombre en versiones diferentes, de ahí salió una especie díscola y alegre, que niña solo sabía sentirse niño, jugar al balón, correr por la calle desnuda y sucia, muchas veces sin bañarse y aunque la vida al cabo del tiempo revela verdades, solo queda saber que somos aves pasajeras

de un sueño. Ella dice que mis palabras le dan la razón y la lógica que nos trae la vida, que no siempre lo entendemos, porque nos dieron un modelo a seguir y nos olvidamos que llegamos a este mundo con un destino trazado, que nadie puede cambiar. Por esa razón no podemos preguntarnos por qué, sino ver lo bello que hay en cada secreto. Saber que esas gotas de agua y sangre, nacieron para amarla y cuidarla. Una de esas gotas se quedó encapsulada en el silencio y la otra gozó de su infancia y de sus travesuras.

25 de agosto de 2022: Los mensajes de audio se quedaron en el teléfono, tu voz permanece grabada con el riesgo de perderse, está encriptada en un aparato y ahora no sale de tu cuerpo. Dicen que moriste, que no existes; yo digo, contrariando las evidencias, que te has mimetizado, que me habitas en el mundo extraño que había antes y después de nacer y que me hablas en sueños y al oído.

Lugares de tránsito

Cogí su rostro recién nacido de 82 años. Llevé su sonrisa al lavamanos y lavé sus dientes. Puse sus caderas –antes firmes y redondas– en la tasa del baño, cuidando que su cuerpo se sostuviera. Me puse los guantes y recogí sus heces. Fui al compás de sus pasos lentos, muy lentos, hasta volver a la cama. Allí le hice un nicho con las sábanas, con los entrepaños del colchón y las fundas de las almohadas. Cambié su pañal varias veces, le puse crema humectante, arrojé los desechos y por más que quise, un olor acre persistía en mi nariz.

Iba y venía con tu voz –sonámbula en la oscuridad–, hablando con las sombras y los parientes muertos: ronda de la eternidad que solo ella presencia. La ventana está abierta y las montañas inamovibles. Decía que eran cajones grandes, maletines de viaje. Su mente se volcaba hacia un mundo cuyas imágenes eran recuerdos de la infancia y visiones de lo que nadie espera. ¿Por cuántos caminos irá ahora? ¿Qué dice el misterio del que ahora es emisaria? Su cuerpo –materia desfallecida– batalla contra el designio, parece buscar un lugar donde se suavicen sus leyes.

Mamá es un pájaro de alas mojadas en las manos. Ella repite que la alimenta el amor, que teme que la dejen sola. Hoy amaneció asustada, con su corazón alarmado por la quietud, con

los pasos lentos. Pero su fuerza la lleva decidida y no se deja morir. El tarot la ha acompañado desde su adolescencia, la ha protegido, la acompaña: la casa de la nodriza, la reina de copas en su silla, un astro saliendo tras las montañas, un caballo blanco montado por un niño desnudo y sonriente. Hoy la carta del tarot es el sol que se antepone a la torre en llamas. Las noches han trastocado la rutina: duerme poco, se levanta agitada, no sabe dónde está. “¿Qué hago aquí?”, se pregunta a sí misma con una voz susurrante. “Madre, estás bien, en la cama de un hospital. Duerme, debes descansar”, le responde la hija. En otro momento, como pronosticando la noche, dice: “Tengamos fe en que nos va a ir bien, vas a ver”. Su presión arterial sigue en los límites más bajos. Después de dos meses ha ido recuperando el sueño, pero es difícil. Sin poner atención a su debilidad, abraza a su hija.

La hospitalización la deprime, se siente cansada. A veces no quisiera seguir. Una tormenta ha abatido su fuego. La indefensión borra en ella la fortaleza, su característico ímpetu. La ha convertido en un ser diminuto del que su hija se compadece. En su ocaso se han ido borrando los rencores, se han desdibujado los hilos con que fueron atadas las experiencias amargas. De nada vale insistir en malos momentos. ¿Para qué?

Por mucho amor hay que deshacerse del muerto. Llevarlo en hombros, dignamente, entre flores y cintas, hacerle un lugar en el silencio, vestirse para el momento, dibujarle un último camino. Dejar que se pierda en los trazos de la tierra. Traerle canciones, breves palabras, una carta de despedida. Permitirle su última soledad. Que la muerte se lo lleve todo, hasta el nombre. De la partida del poeta y escritor se hablaba en la radio y en los periódicos, una parte de las redes sociales no dejaban de enviar reseñas, glosas y fotografías. Para vos, que te inundaban medicamentos, en tu sangre no cabía uno más, y otros tantos arrumados en la mesa de la cama de la clínica, tú que habías tiritado toda la noche, entre dolores y ausencias, era un X cualquiera, un Jaramillo Escobar sin ninguna trascendencia en ti, ni en la larga lista de cadáveres que la ciudad provee. No te perturba, no era una muerte en tu radar. La vida estaba aún en ti, aunque parecía desvanecerse con prisa.

Recuerdo tus piernas gruesas y blancas, el lunar rojo en tu rodilla derecha. Tus piernas con el vestido de flores, tu vida: ese parpadeo. Veo tu pelo cayendo sobre tus hombros. Tu pelo

largo teñido de rubio, ensortijado, el rubor en tus mejillas, tus labios rojos, el cigarrillo en tus dedos. Como si pudieras ser feliz siempre. A las diez de la mañana llegaban las primeras clientas con un sonajero de llaves en las manos y sus carteras finas. Te encerrabas en el consultorio, atrás, al lado del patio de ropas. Sin medir el tiempo, largas horas, antes de salir por un café y algo de comer. Pero todo se va desdibujando: lo que antes fue, no lo será más. Te veo volver a tu cuarto de oráculos y cábalas, encerrarte sin reparar en el día que se va yendo, como te vas yendo tú, madre, ahora. Saldrás después de oír las intimidades sobre el amor, las locuras que exigen venganza, las ambiciones que piden ser cumplidas. Cuánta gente en un solo día: diciendo, callando, pidiendo un consejo. Es la media noche y el tarot vuelve a su sitio sobre el escritorio. Un fajo de símbolos con su sentencia, arrumado al lado de velones, gemas y aceites.

Hubo días en que el humo de la olla con ramas de ruda, artemisa, botón de oro y trementina, inundaba la cocina desde el amanecer, porque llegaría una clienta especial, casi desnuda, envuelta en su costoso gabán. Prepararías el único cuarto de baño que teníamos para más de diez personas en la casa y luego de rezos y salmos saldría alebrestada, transfigurada tras devolverle la esperanza en su gran amor. Y se iría feliz, llena de dicha. Pero ahora ningún conjuro logra poner tu energía en pie: los brujos de que hablas se han ido y ese dios que cantaba en tu memoria, ha sido olvidado.

El silencio llegó luego de la algarabía, del agite de los días, de la familia junta como una tropa. La casa se mantenía llena y de puertas abiertas. En la cocina los platos uno sobre otro —éramos muchos—, no faltaba el desorden y quién hiciera lo que le parecía, pero aun así cada cual ocupaba un lugar, una silla, un cuarto, sabía qué cobija le pertenecía. Tantos en la casa para un solo baño y un solo espejo en el patio, pero nadie sobraba ni estorbaba, todos como dedos de una misma mano, éramos nueve, once con papá y mamá.

Ahora, luego de décadas y cuando la madre se enfermó, estamos en vilo y un silencio largo se instala como un apagón. Todos ahí, sujetados a la telaraña. Sostengo una conversación con ella en la tarde de un 11 de septiembre de 2021, en medio de las sospechas que tenían los cardiólogos de que todo ese mareo, ese estado como de muerte en vida, se debiera a una

arteria tapada. “Ella tiene una arritmia”, concluyó el médico. “La arteria tapada se descartó, pero al parecer tiene un pulso lento y es apta para el marcapasos”. ¿Sabe usted si hay periodos del día donde el pulso es muy lento? Pues claro, todo en ella es lento de día y de noche, se detuvo. Nuestra madre permaneció varios meses sentada entre almohadones, con la mirada perdida, suspendida no sé en qué galaxia, lo único que sabíamos hacer era sobarle el brazo, acariciarle el pelo y decirle que la amábamos. Éramos un círculo de inútiles a su lado viéndole desfallecer, aceptando su final.

Ahora estábamos en la clínica, la habíamos traído de regreso por lo grave de la situación, era mejor dar el paso, así fuera al abismo. Fueron dos exámenes de alto riesgo y luego una larga hospitalización. La vida es inesperada, nunca se sabe, la única certeza es ninguna. “Es urgente un marcapasos”, dijo el médico, y la arritmia se controla con medicamentos... le ponen dentro de la piel el aparato. Los días siguientes fueron duros, noches de insomnio, horas en vilo –el catéter entró por su pierna izquierda hasta el corazón–, debía permanecer en quietud absoluta.

Su mirada era de espanto cuando esporádicamente los abría. Estaba rodeada de monitores, tanques de oxígeno, enfermeras, jeringas, olor de hospital.

—Madre: Entonces, cuéntame ¿dónde estás? ¿Qué es esto aquí?

—Esto es Belén. La casa me pareció bonita, me he amañado mucho en ella y gracias a dios la tengo, y a ustedes les doy gracias, pero yo no sé de qué me estoy quejando.

—Esa casa la compraste tú con tus esfuerzos, hace más de 18 años, le dije.

—¡Ah!, ahora vino Angélica y yo no sé qué pasó y dijo: “¡Ay que pereza venir a este lugar, qué pereza!”. Ay Dios mío bendito, no tenía por qué venir. Aquí yace (ríe). Tengo por acá (se toca debajo de su seno derecho), un dolorcito, pero no sé qué es, porque fue del seno que me quitaron (hace 20 años tuvo una mastectomía del seno derecho). Yo no sé por qué están tan sentados conmigo... ese día, el odontólogo lo encontré en el centro –se me olvidó– ah, esta pelada Yolanda venía con su hermano. “¿Qué hubo Reinita? estás muy bonita, siga

peinándose así”. César Montoya, ay qué pereza las mujeres tan celosas. Hija, su papá vino de paseo y ni siquiera me saludó.

Mi padre murió hace años. No le digo nada y le sigo la cuerda:

—¿De cuál paseo?

—Él está de vacaciones. Hija yo no sé qué hice, no he podido saber qué hice, a usted la llama el director y le dice, qué pesar de usted, yo como la quiero, pero ya usted no me rinde, no me ofrece nada y usted pegada del destino. El médico me llama todos los días, a él se le murió su amigo, con el que se veía todos los días...

—Madre ¿qué es lo que te pone tan triste?

—El que no tenga afectos para la gente, el que yo ya no sea gente, ya eres nadie. Hija: prevenga un papel bonito en su vida futura, no sabes lo duro que da esto. A veces dan cosas duras en la juventud, pero en la vejez y los hijos ya grandes, a mi hijo grande lo tengo que llamar para que me salude. Un día yo estaba llorando por él y me habló de mi amante, ay bruto y cogió una foto de él... Yo sé que no he sido perfecta, pero en este momento que necesito afecto no lo hay. En ti, hija, hay mucho cariño. Lucía ni me llama, sus niñas la tienen loca, otros no se acuerdan ni que existo. Carmen sale mucho, pero ha sido de mis mejores hijas; esta es la hora que no ha venido; María donde estuviera sin trabajo y con esa muchachita, aquí estuviera...de pronto mañana viene.

—Mamá ¿sabes en qué año estamos?

—No.

—En el año 2021.

—Sería muy lindo jugarlo en chance.

—Esta semana vamos para la casa.

—¿Y la casa dónde está? ¿La casa se puede pedir? ¿Está desocupada?

—Madre, esta semana te han dado mucha droga.

—Ah, pero yo con quién me desahogo.

—Madre ¿te gusta el poema de Helí Ramírez porque son palabras que no se lleva el viento?

—Son palabras de mucho conocimiento.

—¿Te gusta ser cuchara porque uno es una cuchara, dices? (risas).

—No me dan ganas de comer y no me da hambre.

—¿Si algo te gustaría tener qué es?

—La amistad de la gente. Este aparato me estorba (se refiere al monitor del ritmo cardiaco).

Arcanos

Heredera del recuerdo. Reina de naipes. El juego de las premoniciones y la voz entreverada de dioses. Por suerte, su porvenir, quién la quiere y con quién triunfa. En su cabeza, a sus pies, a su derecha, a su izquierda. El contenido, el respaldo. ¿Quién la cubre?

Una mente ajena y trastornada es como una sala de cables, todos quieren ayudar a empatar las puntas, pero no se sabe cómo, no hay manera de encontrar la conexión. Su voz se sentía agitada. Su gesto era como quien no encuentra lugar, asidero posible, no dejaba de preguntar lo mismo, de insistir en la misma pregunta: ¿Desde cuándo me trajeron a vivir aquí? ¿De quién es esta casa tan grande? ¿Cómo van a pagarla? nadie me dijo nada, decía. La veo irse, perderse en el adiós sin retorno. Madre ahora, es de las pocas que quedan en pie de ese familión, que llenaba la casa en las fiestas, en las navidades, cuando en algunos momentos del año se encontraban. Muchas veces era un encarte mirar cómo atender tanta gente, pero la emoción supera todo y, las historias con su poderoso encanto se robaban la atención, aunque alguna expresión interrumpiera el suspenso y las risas, con ¡mira cómo está de grande! ¿De

quién es hija ésta? ¡Ah! Vos sos la hija de Óscar. Mamá es de las pocas que quedan, aún la muerte con su hambre y ese vicio que tiene de llevárselo todo, no la toca. Ahora ella habla como si hubiera caído en un pozo y desde ahí nadie puede oírla ni entenderla.

La bella mujer de otros años, la mamá bailarina, fumadora y trabajadora, la esbelta señora que llegaba con los paquetes del centro, luego de haber comprado ropa y cosas para la casa, con sus tacones, su ropa fina, con voz que llenaba de calor la casa ahora es una anciana sonámbula, que parece habitar una galaxia y hablar en un lenguaje extraño. Esa mamá, la fuente de todos es un calco en papel traslúcido, a punto de romperse. La locura es un estado de soledad, las palabras no logran ser puente con nadie. Lentamente te vas yendo mamá, un hilo te lleva y va deshaciéndose el tejido con el que transcurrió la vida, tu vida, nuestras vidas contigo.

Cartomántica, tus jugarretas de amor, la infidelidad ganada, conquistada y merecida. El cuerpo y los placeres que no te negaste, ese dolor profundo cuando te sacaron el seno derecho por un cáncer que no avanzó, la sacada dolorosa de la matriz que te llevó meses de recuperación, los tres pre infartos y la cirugía mal hecha de rodilla, que te dejó una prótesis (ese procedimiento hecho con martillos y cinceles, mientras te ponían la rodilla de titanio). Las estadias por temporadas en los hospitales y clínicas de reposo por tus desequilibrios y depresiones hondas, en el año eran dos o tres veces. Ese miedo tremendo que sentí al pensar que no volverías nunca de ese estado y que te la pasarías hablando bobadas y cosas raras.

Estás ahora en el segundo piso de la casa de Manrique, esa que hiciste con los tres chances que te ganaste un diciembre de 1980, con los números que tú misma encontraste en la lectura que te hacías de las cartas: 347, 844, 714. Suenan las canciones bailables y la sala siempre parece en diciembre, estás allá con uno de tus novios, toman aguardiente, bailan muy cercanos y se la pasan en la sala por horas, mientras yo estoy en la última pieza, veo películas, leo hasta que me vence el sueño. Ella se aferra a la vida, a veces, sin conciencia, sobrevive extrañamente a otros de menor edad que ella, a muchos que se han ido porque el misterio los llamó primero. Ella aún permanece ahí, como ingrávida, quieta como una fotografía,

suspendida como un recuerdo en la mente. Se ha vuelto pequeña, como buscado el centro de sí misma hasta desaparecer, como una llama lenta que se apaga.

Su proximidad es íntima. Ella juega con destreza en esa lectura misteriosa que se mueve entre el afecto, los deseos, cómo y con quiénes se vive. El naipe que vuelve a barajar y sabe de memoria, hace de sus manos alas en vuelo, algunas se caen y ellas las vuelve al manojito. En cabeza, pies, derecha, izquierda, quién le cubre, el contenido y el respaldo de su vida. Cabeza: le marca ascenso en su trabajo y mucho éxito. A sus pies, una J pensando en usted, ¿pero por qué tan triste? A la derecha un viaje largo. ¿Es una J? Izquierda, un mono ¿Quién es este mono? Pero está enamorado. Una E ¿Quién es una E? También una A y una S. ¿Qué quiere preguntar? Volvámoslo a barajar otra vez. Parta en tres.

Sostiene con sus manos una carta poderosa, el arcano mayor, que en su centro hace visible una rueda gigante y en sus extremos cuatro criaturas gigantes con alas: ángel, águila, toro y león, un cuerpo andrógono con cabeza de caballo sostiene La Rueda de la Fortuna –va recibir dinero– dice. La cabeza se mueve y los ojos van más rápidos, selecciona e indaga. La lectura la hace ser otra, no es madre, es una experta en predecir, mover las manos, decir, leer el tarot. ¡Pregúnteme lo que quiera!

Anexo 2 – Audio n272316

Anexo 3 – Audio n3

Transcripciones

Anexo 2. Audio n272316 (fecha 12 octubre 2021) entrevista a la madre.

-Usted es una mujer de un solo ojo

-Del ojo visor que tiene acá en la frente

Reina: ¿Mágico?

-El ojo mágico

-¿Qué es lo mejor de haber sido mamá?

Reina: Haber tenido a mis hijos

-¿Pero qué es aquello hondo y significativo de haber sido mamá?

Reina: Eso depende de cómo se mire, de la perspectiva del ojo

-Reina, qué te falta por hacer ¿tú qué dirías?

Reina: Muchas cosas

-Dime por lo menos tres

Reina: Sembrar un árbol

-¿Y que árbol sembrarías?

Reina: Sembraría un árbol de mango

-¿Por qué tienes una fijación por lo sexual?

Reina: Exclama a modo de incomodidad: ¡ay, hija! ¡¿Por qué?!

-No sé, hay que estudiar ese caso

-¿Tú sabías que ese tarot que lees, tiene diez siglos de existencia?

Reina: Sí

-O sea, que tú estás leyendo algo que existió hace más de diez siglos

Reina: Sí hija, para qué vea

- Impresionante

¿Y por qué le dio por eso y no otra cosa?

¿O querías ser otra cosa distinta?

Reina: Profesora

Reina: Había un muchacho que me decía: usted queda muy linda de uniforme, un montañerito.

-Y ese señor que te ayudó a que esa niña no te agarrara del pelo, ¿no lo volviste a ver?

Reina: No lo volví a ver, tan querido, él decía venga para acá y haga de cuenta que yo soy su papá y agarre para acá y venga pues.

Reina: Y adiós que la peladita no la volví a ver nunca y me dejó tranquila

Reina: Cada vez que pasaba ella me agarraba del pelo

-¿Mami, en Yarumal la infancia fue muy linda?

¿La pasaste feliz?

Reina: Eso fue aquí en Medellín

-¿Y en Yarumal cómo fue?

Reina: Estuve niña hasta los cinco años, mi mamá decía, ahí viene el chucho por usted, y yo dizque esperaba el chucho y el chucho no llegaba

-¿Y la casa en que vivías recuerdas cómo era?

Reina: Sí, de corredorcito y ventanas verdes

-¿En el camellón?

Reina: Sí, en el camellón

-¿Y era una casa humilde?

Reina: Sí, y llena de jardín por fuera, hermosa mi casita

-¿Y ahí vivían quiénes?

Reina: Mi amá, el hermano de mi amá y yo

-¿Ya había muerto la abuela Pérez?

Reina: Sí

-¿Purificación Pérez?

Reina: Sí

-¿Y el abuelo?

Reina: Abuelo Jesús María Mejía

-¿Y él vivió mucho tiempo?

Reina: Sí, él vivió con Inés mucho tiempo

-¿Y a qué se dedicaban?

Reina: Él traía leñita del morro y la vendía

-¿Y Purificación se dedicaba a la casa?

Reina: Sí

-Cómo salió de linda la abuela Sofía, ¿a quién le sacó la belleza?

Reina: A ella misma

-¿Y de nosotros ninguna se parece a ella?

Reina: Usted

-¿Sí?

-¿Y Sarah?

Reina: Más usted

-¿Por eso llevo su nombre?

Reina: Todo tenía que ser bien visto

-¿Crees que ella fue feliz?

Reina: No.

Cuando trabaja en el teatro de Guayaquil, estábamos Óscar y yo recién casados, ella se hacía en la parte de atrás, entonces terminada la película, ella era muy troza, Óscar le habló por detrás y le dijo: “negra, la acompaño” y ella le respondió “Sí Óscar” y él le dice: ¡ay doña Sofía, qué pena!

-¿Mi abuela por qué tenía esa veneración tan especial por mi papá?

Reina: Ella lo quería mucho y lo cuidaba

Y escondía las arepas para su papá, Óscar la quiso mucho y siempre le decía doña Sofía.

Hasta cuando se murió, su papá se encontró un tarrito de arepas escondidas en el escaparate, las escondía para su papá, él no podía comer sin arepa

-¿No le podía faltar la arepa?

Reina: No

-¿Y ella qué te decía de él?

Reina: Me decía que lo contemplara, que lo cuidara, que la mujer hacía al hombre, y cuando yo le contestaba maluco a Óscar, ella me decía: “así no se trata un hombre, así NO ES”.

-¿Es que a vos te daban unas rabias?

Reina: Tan linda mi mamá

-¿Cierto que a vos te daban unas rabias impresionantes?

Reina: Es verdad

-¿De qué se arrepiente?

Reina: De nada. Todo fue hecho con amor

-¿Y si tuviera que repetir algo?

Reina: Tal vez la maternidad, yo era muy feliz con mis hijos, eso me traía mucha alegría.

-¿Qué te ha dejado ser adivina, qué crees ha representado para ti el haber sido adivina, maga?

Reina: Eso significa que yo nací un 7 de diciembre a media noche, eso quiere decir que se está predestinado a tener mucha fuerza y cuando uno nace a esa hora crece con mucha energía.

-Está destinado, sí.

Reina: Mucha fuerza

-¿Entonces si tienes tanta fuerza, por qué te da tanto miedo morir?

Reina: Pues por eso precisamente, porque se acaba la fuerza

-¿Qué piensas que es eso? Una cosa oscura y solitaria

Reina: Un misterio

-Yo creo que no morimos

Reina: Trascendemos

-Nos encontraremos siempre en el amor que nos tenemos

-Esa niña tan linda, en esa foto mami

Reina: Ay, qué pecado mi mamá, vea los moños que me hacía

-¿Ah, ella misma los hacía?

Reina: Sí, esos moños sí

-¿Y esos aretes?

-¿Y el vestido de crochet lo compraba?

Reina: Ella lo tejía

-Qué mujer tan juiciosa, ella nunca paró de trabajar

Reina: Nunca

-¿En realidad vivió muy sola, cierto?

Reina: ¿Ella?

-Sí

Reina: Sí

-¿Y no conoció el amor como hasta cierta edad y luego quedó solita, toda la vida? ¿o qué?

¿y por qué nunca fue al mar?

Reina: Por falta de plata, no tenía con qué ir, ella ganaba muy poquito

-¿Ella quería mucho a Ángela?

Reina: Uy, sí,

-¿La adoraba?

Reina: Su negrita, la protegía

-Como eras tan joven, te sentías como una hija al lado de Sarah

Reina: Sí

-¿Eras hasta fastidiosa? ¿cierto? A veces

Reina se queda en silencio, la entrevistadora se ríe y Reina responde: muy charrita

-Usted me tiene que decir que está de acuerdo con que yo escriba su historia

Reina en tono demandante: ¡escríbala!

-¿No me va vetar nada?

Reina: ¡Hágale!

-¿No hay nada oculto? Entonces para eso me tiene que dar llaves, mami

Reina se ríe: Las llaves de mi corazón

-Démelas, las llaves con tranquilidad

Reina: El único secreto mío era el suyo y ¡ya lo sabe!

-Pero lo que quiero saber del secreto mío es: ¿mi papá sabía?

Reina: Pues claro, él se dio cuenta

-¿Le dio duro? ¿cierto?

Reina: No dijo ni esto

-¿Y cómo se dio cuenta?

Reina: Yo no sé quién le contaría

-Muy duro para él ¿sabes en qué momento se dio cuenta? ¿Cuándo yo tenía cuantos años?

Reina: Tenías como tres, estabas muy pequeñita, pero tu papá te quiso mucho

-¿Y me cuidaba mucho?

Reina: Uf, sí

-Porque él nunca marcó diferencia

Reina: Él quiso mucho a sus hijos

-¿Entonces él me adoptó como una hija de él?

Reina: Él decía que usted era hija de él

-¿Y no lloró?

Reina: No, su papá para llorar, no

-¿Tan machista era?

Reina: Sí, pero él no

-¿Y sabía pues que era del tío?

Reina: Sí

-Muy verraca tú, guardar tanto tiempo mami. ¿Era duro para ti?

Reina: Sí

-¿Y para el tío, qué?

Reina: Él era más tranquilo

-¿Pero, él que decía?

Reina: Muy callado, nunca negó, ni aprobó

-Y una vez lo cogí aquí y casi se ahoga con una sopa

Reina: ¿Y qué le dijiste?

-Venga pues tío, vamos a hablar de... dígame la verdad ¿yo soy hija suya? Casi se ahoga. ¿Por qué se asustaba tanto?

Reina: Porque siempre eso es delicado, hija

-¿Y más uno y grande? ¿Entonces por eso soy un poquito diferente?

Reina: Ah, no, eres Posada

-¿Pero tengo algo distinto?

Reina: Ah no, eres bonita, atractiva, usted es muy linda y muy inteligente.

-¿Y las primas lo saben?

Reina: No, ni tampoco Miriam. Nunca lo supieron ellas

-¿La que sí sabía mucho era la tía Rocío?

Reina: La tía Rocío, sí

-¿Y también la tía Gloria?

Reina: No

-Porque cuando yo fui a la clínica, que él estaba muy mal, ya casi muriendo, y decían que él no se moría y yo ese sábado quedé de ir con Sarah, pues la tía Rocío me dijo: “no puedes dejar de ir, te lo suplico, tienes que ir”, yo sentía como cuando uno sabe que no puede dejar de hacer algo, y llegué a esa habitación y Sarah se fue y me dejó sola. Él ya no hablaba y estaba moribundo, respirando como en las últimas, y yo le dije: “tío, soy Gisela, yo estoy acá, si usted es mi padre yo le perdono todo, tranquilo, váyase tranquilo, no tengo sino gratitud...y ese día murió

Reina: ¡Qué susto!

-¿Esa vitalidad de ese hombre?

Reina: Sí

-Y esa forma varonil, pero tan distinto a mi papá, mi papá un varonil fuerte y este un varonil suave, dulce ¿los quisiste a los dos mucho?

Reina: Sí, hija

-¿Y a cuál de los dos más?

Reina: Igual, este era su papá y Óscar de los otros

-¿Y el abuelo Carlos era muy recio con ellos?

Reina: Tremendo

-¿Y contigo cómo era? ¿mala clase?

Reina: Sí

Cuando su papá me estaba haciendo reclamos de una cosa, qué fue, ¡ah! que yo me fui a ver con Alfonso, el policía, a una hostería

-¿Cuándo mi papá vivía en Campo Valdés?

Reina: Sí

- ¿Te enamoraste de él?

Reina: Yo de aquí para arriba se la jugué, pero de aquí para abajo no. Entonces Don Carlos escuchó y dijo: “sabe qué Óscar, cójala y llévala y la deja en un café y le dice, este es su sitio”. Entonces su papá respondió: “entonces llevo a Reina a un café y ¿usted de dónde sacó a Ana?, de un café”. Don Carlos había sacado a Ana de un café, Ana era una copera.

-Tan inteligente

Reina: Lo dejó frío

¿Óscar era muy analítico? ¿Qué era lo que te decía?

-Había que tomar las cosas de otra manera, yo creo que yo repetí la forma de amar con Chucho, él se parece a mi papá, en lo recio y lo reflexivo

-¿Y qué era lo que más le admirabas a mi papá?

Reina: Yo lo veía muy bonito, lo veo muy lindo, yo a su papá lo quise mucho

-¿A él por qué le dio tan duro que tu trabajaras y ganaras más que él?

Reina: Él no aceptaba eso

-¿Y cuál es el más parecido a él?

Reina: León

-Y cuando Ángela se fue para la guerrilla ¿qué pensaste?

Reina: Qué no pensé, eso fue duro

Anexo 3. Maternidad y muerte

(28 de septiembre de 2021)

-¿Qué ves en esa fotografía?

-¿Qué te recuerda esa foto?

-¿Qué logras recordar?

-¿De ese árbol? ¿De dónde era ese árbol? ¿La abuela qué estaba haciendo en ese momento? Cuando te llamaron a la foto, ¿qué estabas haciendo? ¿Sí te acuerdas?

¿Qué recuerdas de esa foto, al menos algo?

Reina: Ay, hija, yo no me acuerdo de nada

-¿Cuántos años tenías ahí?

Reina: Siete

-¿Y ese vestido que tenías ahí, quién te lo puso?

Reina: Mi mamá

-¿Y ella lo hizo?

Reina: Mi mamá, ella lo hizo.

Reina: Ella lo cosió. Este es Ramiro, mi hermanito, que también ella le hizo este pantaloncito, creo que esto fue en Bello. Yo creo que fue en Bello, en la Finca de Libia Arango

-¿Y ese árbol grande?

Reina: Sí, es un árbol de flores

-¿Y estaban de visita?

Reina: Sí, estábamos de visita allá, y entonces estaban tomando una foto, entonces ella nos dijo: “vengan que les vamos a tomar una foto a usted con su mamá y su hermano”, y en esas nos tomaron la foto, mi hermano chiquito. Ramirito tan bello, con esas manitas ahí metidas, ¡tan bello!, todo negrito

-¿Por qué te paraste así en esa foto, tan elegante, con rodilla y todo?

Reina: Estaba toda pinchada. Yo me creía mucho

-¿Qué te creías?

Reina: Me creía que era muy bonita

-¿Sí?

Reina: Como los muchachos me molestaban tanto, los pelaos, yo me creía mucho

-Vea ...divina

Reina: Hasta por cierto, me mandaban boleticas y mi mamá me cogió una boletica, ella me pilló y me pegó.

-¿Y de la abuela que más recuerdas? ¿La mamá qué estaba haciendo ahí?

¿No recuerdas qué paso, como que es domingo y nos vamos de paseo?

Reina: Estábamos en la casa de Libia Arango en Bello y estaban tomando fotos y fue ahí que nos tomamos la foto con ella.

-¿Se pasaron todo el día allá?

Reina: Sí, todo el día, porque esa Libia Arango era una paisana de Yarumal. Cuando Inés nos echó de la casa, porque mi mamá ya estaba en embarazo de Ramiro, nos tiró la ropa por la ventana y nos echó de la casa, entonces mi mamá salió llorando.

Y salimos de allá (Reina llora) ¿mija, para dónde nos vamos? Y mi mamá llorando se acordó de una amiga, Libia Arango, y así fuimos a dar a Niquía, y ella nos recibió.

-¿Entonces no estaban en un domingo de paseo, sino que fueron porque ella los acogió?

Reina: Sí, entonces ya mi mamá, en la plaza de Bello, empezó a madrugar a hacer empanadas y a vender, hasta que conoció a una señora Anita, que era la de la Pensión donde empezó a trabajar, y le dijo que se fuera a trabajar con ella. “Ah, es que yo tengo dos hijos”, “pues los lleva” y nos llevó con ella.

-Qué señora tan especial ma...

Reina: Entonces mi mamá trabajaba en esa pensión por nosotros dos

-¿Yeste era el solar de esa casa? ¿O qué?

Reina: Este era el de Niquía

-¿Era un solar o era un...?

Reina: Era como un pasaje, como una manguita.

-¿Y ese día estabas muy contenta?

Reina: Feliz

-¿Estabas estrenando vestido? ¿O qué?

Reina: Estrenando vestido, yo toda pinchada

-¿Y cuando conociste a tu hermanito Ramiro?

-¿Y este negrito?

-¿Qué fue lo que pasó?

Reina: Me enojé toda, y le dije a mi mamá: ¿Por qué ese negrito tan feo, yo no quiero ser hermana de ese negrito, “es que ese es su hermanito”; entonces yo no lo quiero, ¡qué pecado mi hermanito!

-Porque era negrito

-¿Y lo arañabas?

Reina: Sí, yo lo arañaba así (hace un sonido con la boca) ayyy ¡qué pecado mi hermanito!

Es que uno hace bobadas cuando está joven, chiquito.

-¿Cuántos años tenía él ahí, mami?

Reina: Aquí tenía como un añito

-¿Y la abuela lo tuvo a qué edad?

Reina: Mi mamá tenía más de cuarenta, los cuarenta años, yo creo

-¿Cierto?

Reina: Y cuando Inés supo que mi mamá estaba en embarazo fue cuando nos echó de Manrique.

Inés, mi tía, nos aventó la ropa a la calle, “se van de aquí ya”, nos echaron de esa casa (Reina llora)

Mi mamá no sabía para dónde íbamos a pegar

-¿Qué hicieron?

Reina: Nos fuimos en bus a la casa de Libia Arango y ella nos dio posada allá.

Ay tantas cosas hija, ¡qué historias!

Mi mamá sufrió mucho (se ríe), pero cuando iba a nacer Ramiro, me mandó para Yarumal, para que yo no me diera cuenta de que iba a tener ese bebé, cuando llegué ella me dijo: “vea a su hermanito”. Y “este negrito tan feíto es hermano mío”, entonces me puse a llorar.

-¿Y te fuiste a Yarumal con quién?

Reina: Me mandó con Ananías, el marido de Tulia mi tía, con ese que me metía el dedo por la cosita
-¿Chiquita?

Reina: Sí, qué pecado (hablando de ella misma)

-¿Tendrías seis o cinco años y el tipo haciéndote esas cosas, mamá?

Reina: Imagínate que había un río y él me decía, venga yo le enseño a nadar y él me echaba a nadar y me cogía los pies e iba subiendo hasta que me tocaba, tocándome la cosita y yo me ponía a llorar. Y le conté a Tulia y ella me pegó por habladora, me dijo mentirosa, él qué te va a hacer eso. Nunca me creyeron.

-¿Pasaste unos días infernales allá?

Reina: Con esos hijueputas allá

-¿Algo más que recuerdes, que quieras contar de esa foto?

Reina: Esa historia que te acabo de contar.

Reina: Mi mamá sufrió mucho, pobrecita

-¿Ese Ramiro, como puso las manos ahí? ¿tenía frío?

Reina: Todo creído

-¿Imitándote a ti? Te estaba imitando

Reina: Mi mamá sufrió mucho, se fue a trabajar en casas con nosotros dos

-¿Pero siempre que se iba a trabajar se los llevaba a ustedes?

Reina: Sí

-¿La recibían con hijos y todo?

Reina: Y este niño ya estaba gateando cuando se nos perdió, por ninguna parte del hotel, mi mamá: “¡el niño, el niño, el niño!!!

-¿De cuál hotel?

Reina: Donde trabajaba mi mamá

-¿En la pensión?

Reina: La casa Granada, abajo de la Veracruz, ahí trabajó mi mamá, y salimos a buscarlo y estaba en la esquina en una tienda tomando y comiendo cositas. El dueño dijo: “señora, él iba gateando y yo lo cogí, lo senté aquí”, lo hubiera cogido un carro.

-¿Y cómo hizo para bajar todas esas escalas?

Reina: Ah, yo no sé, se bajó gateando

-Mamá ¿y vos qué hacías en esa pensión?

Reina: Yo estaba estudiando y me gustaba mucho contestar el teléfono y llamar a los comensales “el doctor fulano de tal al teléfono” y yo era matada de la dicha

-¿Cómo una secretaria?

Reina: Sí

-¿La casa Granada quedaba?

Reina: Abajito de la Veracruz, hija

-¿En dónde vivía la amiga tuya? ¿Edilma?

-¿Mas por la Plazuela de Zea? Por el callejón cerca a la Autónoma

Reina: Sí, por ahí era la casa, eso era de estudiantes

-¿Y recuerdas cuántos estudiantes?

Reina: Ay hija, eran muchos, a mí mamá le tocaba servirles en la mesa, había un abogado que todos los días cogía un cigarrillo y le sacaba toda la picadura y envolvía un billete de 100 y se lo regalaba a mi mamá, el doctor le metía el billetico ahí, para que nadie se diera cuenta

-¿A qué hora se levantaba la abuela?

Reina: A las cuatro de la mañana

Reina: En esa época se usaban fogones de piedra

Fotos

Imágenes

Transcripciones de las entrevistas

Anexo 4. Cronograma

ACTIVIDAD DESARROLLADA	1 SEMESTRE				2 SEMESTRE				3 SEMESTRE		
	Trimestre 1		Trimestre 2		Trimestre 3		Trimestre 4		Trimestre 5		Trimestre 6
Fundamentación teórica	X	X									
Búsqueda de antecedentes, investigaciones similares	X	X									
Levantamiento bibliográfico y rastreo documental	X	X	x								
Delimitación de las categorías conceptuales del marco de referencia teórico	X	X	x								
Reflexión teórica			x	x							
Ejercicio escritural personal		x	x	x	x						
Definir fuentes primarias y secundarias			x	x							
Diseño instrumentos de recolección de datos			x	x							
Aplicación de instrumentos				x	x						
Recolección de datos				x	x						
Procesamiento de la información					x	X					
Análisis de resultados teóricos							x	x	x	x	
Producción de reportaje primer avance							x	x	x		
Producción de reportaje segundo avance								x	x	X	
Redacción de la investigación								x	x		
Informe y publicación final									x	X	
Aprobación informe final por parte del asesor										X	x
Revisión de jurados											x
Ajustes finales al documento											X
Socialización de resultados divulgación: la presentación de los resultados											X